



ESTUDIOS

DUNSON
WOODS

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento



Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos deberían conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

El veneno malito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.

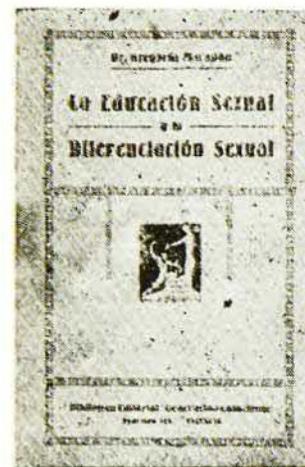
Libertad sexual de las mujeres, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica, que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Blasco Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia el príncipe de los novelistas, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—(Agotado.)

La filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 ptas.

comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Blasco Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)



La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de Besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

¡Maravilloso el instinto de los insectos!—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lornot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 ptas.

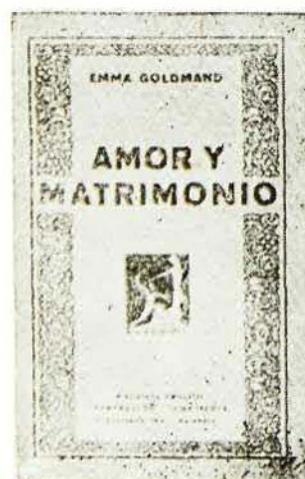
El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que deberían leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.

La Muñeca, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.

La virginidad estancada, por Hope Clare.—Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 ptas.



ESTUDIOS

AÑO VIII

JULIO

1930

NÚMERO 83

REVISTA ECLÉCTICA
PUBLICACIÓN MENSUAL

Redacción y Administración
APARTADO 158. — VALENCIA

La cultura contemporánea, el criterio armónico de Kant y los grandes pensadores



El esfuerzo consciente de la mujer y el centro de gravedad de la Historia



Desde que Manuel Kant, el coloso del pensamiento filosófico moderno, publicara su otro opúsculo de carácter histórico "Comienzos probables del género humano" (1786), hase ensanchado por modo que asombra y maravilla, el radio de acción de las investigaciones. Su obra intelectual pasmosa, incomparable por la gallardía, agrandada por Juan G. Fichte, Federico G. J. Schelling, Jorge G. F. Hegel y Federico Schleiermacher, que fueron las figuras preeminentes de la filosofía crítica y los principales sustentadores de la teoría idealista de la evolución, tiene un gran interés y es indispensable estudiarla, antes de llevar a cabo algún trabajo serio en sentido de hacer fecundas las indagaciones más inauditas.

También, aunque en otro plano y quizás con menor valor constructivo, se destaca la personalidad egregia de Arturo Schopenhauer, el filósofo que encarnara, revelando más ingenio y poder imaginativo que profundidad, la concepción pesimista de la vida y el psicólogo que al analizar el espíritu femenino, fué quizás más infiel a sus convicciones íntimas y por esto trató con tanta injusticia aun a aquellas mujeres que se portaron con él digna y noblemente.

La corriente denominada por H. Höffding subterránea de la Filosofía crítica, durante el período romántico, la representan Jacobo Federico Fries, Juan Federico Herbart y Federico Eduardo Benecke. El movimiento de transición de las especulaciones románticas hacia el Positivismo, halló sus principales susten-

tadores en David Federico Strauss, que fué popularísimo hace medio siglo en Alemania y en toda Europa, por la audacia de sus inducciones, y Luis Feuebach, el bravo campeón de la llamada izquierda hegeliana, cuyo método difundiera entre nosotros don Francisco Pi y Margall, que como veremos más adelante defendió con brío y sólida y brillante argumentación la doctrina feminista.

En la primera mitad del siglo pasado, en Francia, se produjo una intensa producción filosófico-histórica. Entre otros son dignos de especial mención José de Maistre, que fué el autor que gozó de más renombre, por haber sido el principal defensor del principio de autoridad; Pedro Cabanis, médico y filósofo, que publicó un curioso estudio acerca de las relaciones entre lo físico y lo moral del hombre; Maine de Birán, fallecido en 1824, a los 57 años, a quien Höffding, califica del más grande psicólogo del siglo XIX; Royer-Collard, Víctor Cousin, Teodoro Jouffroy, Saint Simón, Augusto Comte, fundador del positivismo, y Emilio Littré, médico y polígrafo.

En Inglaterra, el célebre Carlos Darwin, el gran investigador, la primera figura de su época; Juan Stuart Mill, educador y economista; Heriberto Spencer, el sistematizador del Evolucionismo; Tomás Enrique Huxley, biólogo y moralista; Juan Jubbock, indagador y teorizante eximio; Tomás Carlyle, pensador y crítico; Hartpole Lecky, historiógrafo y moralista; Romanés, indagador del psiquismo animal, y Maudsley, psiquiatra eminente.

En Alemania, en el segundo tercio de la centuria pasada, Luis Buchner, estructurador del Materialismo filosófico; Roberto Mayer y Rodolfo H. Lotze, audaces peletores; Gustavo Teodoro Fechner, el fundador de la psicofísica; Eduardo de Hartmann, el autor de las construcciones idealistas del pesimismo; Federico Alberto Lange, el sesudo historiador del Materialismo; Eugenio Dühring, el definidor del Positivismo criticista, en el último tercio del siglo pasado; Ernesto Enrique Haeckel, el famoso defensor del Monismo; Ricardo Avenarius, la más relevante figura del Empiriocriticismo; Ernesto Mach, el discutidísimo sabio que popularizó su nombre en el libro "Análisis de las sensaciones"; Guillermo Ostwald, el tratadista que estudió más a fondo la evolución de la Química, y Guillermo Wundt, psicofisiólogo celeberrimo.

A fines del siglo XIX y en los albores del actual, los insignes filósofos, críticos y educadores franceses, Ernesto Renan, Alfredo Feuillée, Carlos Renouvier, Gustavo Le Bon, Emilio Botroux, Teódulo Armando Ribot, Emilio Durckheim, Juan Guyau, Gabriel Tarde y Luis Veber. En Bélgica, Emilio Laveleye, Guillermo de Greef y Héctor Denis. En Italia, Roberto Ardigó, G. Sergi, A. Asturaro, A. Groppali, G. Marchasini, F. Puglia, G. Ferrero, G. Barzelotti y algunos otros, y en España, don Francisco Giner de los Ríos, Azcárate, Sales y Ferré, Pérez Pujol, Altamira, Posada, Dorado Montero, Joaquín Costa y Concepción Arenal.

G. Richard, en su hermoso libro *L'Ideé d'évolution dans la nature et dans l'histoire* (París), amplía considerablemente el punto de mira de Kant. La ley del progreso se halla plenamente confirmada en el volumen del egregio publicista francés. Los conocimientos que se poseen actualmente, acerca del desenvolvimiento social confirman la tesis que Kant sustentara, con escasa documentación.

El concepto que los investigadores contemporáneos defienden, puede decirse que ha cambiado el centro de gravedad de la Historia, al incorporar a ella el esfuerzo consciente de la feminidad, que cada lustro adquiere mayor relieve, a medida que halla tipos representativos que encarnan sus reivindicaciones, a un tiem-

po anhelos del corazón, dictados de la mente e imperativos de la conciencia.

Por esto, los cultivadores de la Sociología, se ocupan con preferencia de la vida interna de los pueblos, es decir, de la institución familiar, de la cultura intelectual y de la organización pedagógica y social, relegando a segundo término, su actividad meramente política. En este orden de la existencia colectiva, todavía se concede excesiva importancia a las formas y no se aquilata en lo menester el contenido de los programas de reforma, ni el sentido general que predomina en las construcciones sistemáticas, creencias y doctrinas, escuelas y partidos. Los enemigos del Feminismo, entre nosotros, no comprenden que esta corriente así en lo ideológico, como en lo económico, lo moral y lo jurídico, aparte del aspecto reivindicador, representa una corriente social que contribuirá a hacer más consciente a la mujer, que al otorgarle derechos, obliganle a compartir responsabilidades y a laborar ahincadamente por el procomún.

En el volumen "Las Reivindicaciones femeninas", hicimos notar que hay más semejanza de lo que parece en las ideas directrices de los procesos sociales, que no se advierten algunas veces, porque en general, a los historiadores les es más fácil hacer resaltar las diferencias ostensibles entre los sexos, que las analogías semiocultas, que no obstante, existen entre el hombre y la mujer, como lo atestigua el examen comparativo de sus aptitudes peculiares y su capacidad, analizadas en conjunto y en detalle.

Es innegable que en los primeros periodos de la civilización en todos los pueblos que se tomen como objeto de estudio, se observa el mismo fenómeno. La astucia y la destreza, son las dos cualidades que emplearon primero los reducidos grupos de hombres y mujeres que lograron dominar elementos y fuerzas incomparablemente superiores a los que aquéllos poseían. A pesar de la tosquedad de su ingenio y de su menguada inventiva, construyeron sus viviendas en lugar seguro, y merced al espíritu de asociación, claro que muy rudimentario, lucharon bravamente contra las especies de animales feroces, rechazando sus terribles asaltos. Y a pesar de las dificultades con que se hallara el hombre primitivo, construyó ar-

mas defensivas y ofensivas, y consiguió afianzar lentamente su poderío, resistiendo con su indomable energía, para nosotros difícil de concebir, los rigores de un ambiente adverso, las inclemencias y las penalidades más crueles, hasta que aprendiera a emplear con tino sus fuerzas físicas, domesticando aquellos animales que podían ser sus colaboradores y aquellos otros que podían servirle para alimentarse con sus carnes y sus grasas, o que su piel le servía para abrigarse y sus huesos para fabricar utensilios.

Jamás ha dejado la mujer, afirma Ros-

ter, de contribuir con su esfuerzo a las obras de carácter colectivo, aunque juzgando por las apariencias, la personalidad del varón, en casi todos los períodos históricos, haya adquirido más relieve. El sociólogo suizo Bachofen, defiende con gallardía su criterio de que el Matriarcado fué el fundamento de la civilización y por tanto propaga la doctrina gineocrática, que es la más verosímil de las teorías ahora en boga, para explicarse el proceso evolutivo de la sociedad.

SANTIAGO VALENTI CAMP



Autores y libros

Sobre reformismo



Aumenta prodigiosamente en nuestros días la producción bibliográfica de índole reformista. Sobre todo, en el terreno económico. Buena prueba de que el régimen capitalista, a pesar de que nunca pareció más firme, está en decadencia.

El reformismo económico—como todos los reformismos, cada cual en su esfera—no es más que una traición que se hace a la justicia.

La creencia de que el reformismo obedece a impulsos humanitarios carece de fundamento. Nada importa que logre, en realidad pasajera, resultados de esta naturaleza. Los logra sin que ese sea su fin y a costa, de todos modos, de la justicia.

Sólo cuando un régimen está en decadencia se hace reformista. Naturalmente, mientras se siente fuerte y robusto no necesita reformarse para subsistir. No se reforma una casa sino cuando amenaza derrumbarse. Desde el punto de vista de las cosas bien hechas, la casa no debía ser reformada, sino derribada hasta sus cimientos para levantar sobre bases firmes un edificio nuevo, completamente nuevo. Reformar el viejo es una mixtificación. Algo como encalar las paredes de un caserón ruinoso. Deslumbrará al viandante que no se acerque, sobre todo en los días de sol, pero los que habitan en él podrán dar fe, siempre, de que viven en un lugar poco seguro.

Asimismo el hombre que se coloca en el punto de vista de la justicia advierte en seguida la inanidad de todas las reformas de naturaleza económica. Igual puede decirse de las de cualquier otra índole. Nietzsche, hablando de la reforma luterana, dijo respecto al particular cosas muy interesantes.

Es cierto que, sin proponérselo, las reformas económicas alivian la situación del trabajador. No mucho, de todas maneras. Y transitoriamente, en último análisis. La alivian, sin embargo. De aquí su traición a la justicia. Retardan la caída de lo que estaba a punto de hundirse. Blanquean las paredes del edificio que se derruía. Le dan una apariencia de nuevo.

La prueba fehaciente de que ninguna reforma se debe a sentimientos humanitarios, es que sólo cuando un régimen empieza a decaer se hace, como ya queda dicho, reformista. Ningún régimen, en efecto, abre la puerta a las concesiones mientras se siente con vitalidad poderosa.

El capitalismo advierte que se van agotando sus energías. Esta es la razón de que se haga reformista. Nada de humanidad: deseo de pervivir.

Un capitán finca en una comarca fértil. Se siente dominador; manda, impone. Los que trabajan a sus órdenes tiemblan. Todo marcha como en los tiempos de la esclavitud. Un día, los trabaja-

dores, llegados nada más que un poco a una especie de mayoría de edad, comienzan a mostrarse descontentos. Si el capitalista se ve con fuerzas, ni les escucha. Sigue aumentando aquella mayor capacidad de los trabajadores, no suficiente todavía para sustituir de manera absoluta al capitalista—pues en este caso el aspecto de la cuestión variaría—, sino sólo para no dejarle disfrutar tranquilamente su riqueza. Nace entonces la reforma, que puede ser una pequeña participación en los beneficios. Se acabó el descontento, no porque se haya satisfecho la justicia, sino por incapacidad de los trabajadores para implantar una organización más justa. En realidad, estos trabajadores son favorecidos por la reforma—¡cuan menguadamente, por cierto!—, pero es a costa de retardar, con el acabamiento de su descontento, la probabilidad de emprender, gracias a él, otro camino, más penoso, pero más certero, de finalidad verdaderamente justa.

Lo mismo sucede con los regímenes: mientras se consideran fuertes y seguros desoyen todos los llamamientos de sus enemigos, por desesperados que sean; les basta su fuerza para vivir. Cuando comienzan a ceder una parte de sus prerrogativas, es porque comprenden que se acaban sus fuerzas, que ha llegado la hora de su decadencia.

El capitalismo se negó durante sus primeros tiempos a toda transacción con sus adversarios. Eran éstos pocos y él era fuerte. Más tarde, comenzó a ceder algunas parcelas de su hegemonía: señal de que sus energías eran menores. Ahora, indudablemente porque está en decadencia, no cesa de implantar reformas de toda clase y naturaleza. A veces, adelantándose al descontento de sus víctimas, que si son muchas, no tienen aún la disposición necesaria para acabar con él. Más que de la fuerza de sus adversarios, desparramada e impotente, por lo tanto, para una acción continua y pertinaz, depende de su propia debilidad el hecho de que el capitalismo se torne reformista. Se ha hecho partidario decidido de las reformas, antes que por ninguna otra causa, por el reconocimiento de que cada vez son menores sus fuerzas. No las implanta, de ningún modo, por humanitarismo, sino para seguir viviendo. Hace un bien—ya queda dicho

que muy pequeño—, pero no porque tenga el propósito de hacerlo, sino para salvar su existencia del peligro que corre.

Desde el punto de vista de los que reciben ese bien, que no están preparados para fundar otra manera de vivir, el reformismo quizá sea una cosa aceptable. Pero desde el punto de vista de la justicia, para la que toda reforma es una traición, además de no ser aceptable, merece las más encendidas censuras.

El hecho de que gran número de hombres no sean capaces de desenvolverse libremente, no es una razón para que se olvide la aspiración a la libertad. Cuando la mayoría eran esclavos, los mejores aspiraban a que todos fuesen libres, aun sabiendo que la mayor parte no sabrían vivir en libertad. Si los que les mantenían en esclavitud comenzaban a concederles un poco de libertad, antes de que se rebelaran, no era, claro está, para que fuesen libres, sino para seguir disponiendo de ellos. Así, la menguada libertad que les daban era una traición a la libertad verdadera. Lo mismo sucede con las reformas de orden económico. Todo se reduce a que los poseedores den un poco de lo que no les pertenece para seguir en posesión del resto. Se trata, ante todo, de evitar la implantación de una nueva forma de sociedad que arrebatase a los usurpadores lo que disfrutaban por sí solos contra todo derecho. Si producen algún bien, su propósito no es éste, sino impedir un bien mayor, como la poca libertad que se daba a los esclavos llevaba implícito el deseo de que no se hicieran libres del todo.

Rechazar las reformas que nacen como consecuencia de la decadencia de un régimen no conduciría a nada. Pero no debe olvidarse jamás que son una traición a la justicia.

Un millonario, al morir, deja toda su fortuna para fundar asilos y hospitales. ¡Qué humanitario!—se dice—. No. Habría sido mejor que no hubiera hecho los millones creando enfermos para los hospitales y huérfanos para los asilos. Si la riqueza hubiese estado en manos de todos, la justicia habría presidido el desenvolvimiento de la colectividad. Amontonada en las suyas, a costa de la enfermedad y la muerte de muchos de los miembros de la colectividad, le ha facilitado el modo de aparecer ante las

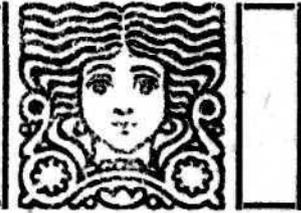
inteligencias superficiales como un benefactor, cuando los males que trata de curar los ha creado él mismo.

Las reformas tienen un parecido extraordinario con este benefactor. Se pretende que hacen un bien, y lo hacen ciertamente, pero como los hospitales y

asilos fundados con el dinero del millonario. Un bien que, si hubiera justicia, sería innecesario. Un pequeño bien que por otra parte, tiende a retrasar el advenimiento de aquella justicia.

DIONYSIOS

Alrededor del Amor



VI

La maternidad como función natural

En la vida animal, toda hembra púber normalmente constituida, tiene asignada por naturaleza una función importantísima que no debe eludir: la de renovar y multiplicar su especie. El macho es el instrumento necesario, el elemento fecundante para el logro de ese fin. Por eso se siente misteriosamente subyugado, atraído como por un poder magnético irresistible hacia la hembra.

El efluvio, el encanto supremo que emana de la hembra en sazón para concebir, actúa sobre el varón por modo tan poderoso que puede equipararse al canto seductor de la sirena que atrae al navegante fascinado hacia el escollo; al filtro infernal de que las almas cándidas poseídas por el amor suelen hablar con temor y con placer; a un poderoso perfume afrodisíaco que pone tensos los nervios menos excitables, convierte en plomo derretido la sangre que acelera su marcha en el torrente circulatorio y enciende un fuego de locura en nuestro sér que arde en llamas vivas bajo el soplo abrasador de la pasión amorosa, la más indomable y absorbente de las pasiones.

Ninguna hembra deja de experimentar más o menos violentamente el acicate de ese instinto vital irrefrenable. La que no llena ese destino es un ser malogrado, incompleto, imposibilitado de alcanzar su pleno desarrollo. Puede compararse a una flor agostada en su tallo antes de polarizar en fruto. Desde luego no es un sér normal. Para serlo le fal-

ta llenar su objetivo y ese objetivo es ser madre, que para eso nació provista de órganos apropiados.

Ella, la hembra, es el cofrecillo sagrado en cuyo interior encerró la Naturaleza los prolegómenos de la renovación constante de la vida. Si ellas nacieran estériles y no se produjera inmediatamente el fenómeno, en semejante caso compensador, de la generación espontánea o no nos reprodujéramos por fisiparidad como algunas orugas vermiformes y la mayoría de las bacterias, el mundo se convertiría en una tumba inmensa. Seguramente debido a eso en todas las especies animales la hembra es objeto por parte del macho de particulares atenciones y de cierto respeto. Hasta entre los humanos, que tanto nos hemos distanciado de la Naturaleza y apenas si vemos en la hembra algo más que un mero instrumento de placer, se produce este fenómeno en circunstancias excepcionales, ya que en cualquier catástrofe (destrucción de una ciudad sitiada, incendios, naufragios, inundaciones) se concede la prioridad en el salvamento a las mujeres y a los niños. De igual manera se procura, y esto ya no es tan general, evitarla los esfuerzos rudos y violentos que puedan relajar su delicado organismo e inutilizarle para las funciones de la maternidad. Aunque todo esto se lleva a cabo espontáneamente y sin que el sujeto se entretenga en analizar minuciosamente los móviles a que obedecen tales impulsos, no por ello son menos ciertos y no pueden atribuirse sino al instinto de conservación de la especie, que nos hace olvidarnos en momentos de singular tensión emocional hasta de la propia conservación.

Sí. Cada hembra es una madre en potencia; un capullo promesa halagadora de una flor que se convertirá en fruto; un surco vivo y cálido predestinado a acoger, dar abrigo y hacer germinar la semilla de vidas nuevas; un cáliz sagrado en el cual se verificará un día el santo misterio genésico de la fecundación.

Tan natural es esa función y tan necesaria, que ningún animal la esquiva ni le atormenta el menor asomo de confusión o vergüenza al llenarla. Así como respira y se aumenta, y alterna la actividad con el reposo para vivir, llegado el momento oportuno da la quintaesencia de su sér rindiendo el obligado y natural tributo a las leyes de la reproducción. Y lo hace naturalmente, con toda simplicidad y despreocupación, como sacia su apetito cuando tiene hambre y como llena cualquiera de las necesidades vitales inherentes a su naturaleza. La única especie que complica esas leyes y considera como una mancha tan sacratísima función, es la que a sí misma se ha colocado a la cabeza de la escala zoológica: la humana.

El hombre ha reglamentado absurdamente tantas cosas pretendiendo enmendar la plana a la Naturaleza, que no podía dejar de inmiscuirse en la corrección y adobo de estas leyes, y lo ha hecho con su notoria y bien probada insuficiencia, con su torpeza habitual.

No somos de los que opinan que todo lo natural es absolutamente bueno y debemos aceptarlo, aunque no lo sea, como una fatalidad inmutable. El deber del hombre, según nuestro criterio, es estudiar concienzudamente las leyes naturales y sus fuerzas ciegas y modificarlas o encauzarlas en un sentido favorable al desenvolvimiento de la vida humana, la más bella y mejor lograda forma de organismos vivientes que hasta el día puso sobre el suelo de la Tierra la incansable ensayista y fecunda creadora. No debemos resignarnos a ser los sumisos esclavos de esa madre que muchas veces se conduce como la peor de las madrastras, sino que estamos obligados a observarla, a sacudir su tutela, a arrancarle sus secretos, a domeñarla, a utilizar su inagotable fuente de energías **según** nuestras necesidades, a **corregir** **pacientemente** sus errores, a **extirpar** **sus monstruosas** fealdades, a ha-

cer de ella, en una palabra, nuestra solícita y fiel servidora. Así como hemos robado el rayo a la nube tempestuosa, la bárbara energía al torrente impetuoso, el empuje arrollador a las rachas de viento, y de todo ello hemos hecho fuerza motriz, luz y calor utilizables para suavizar las duras condiciones de nuestra existencia, exactamente igual es preciso procedamos en todo. Conocer sus leyes, sí, pero no para someterse a ellas. Estudiar su inacabable energía, también, mas no para temerla, sino para aprovecharnos de ella y hacerla actuar bajo nuestro mandato, inspección y vigilancia. Si ella creó los páramos, nuestro deber es burlarla convirtiéndolos en jardines. Si dió nacimiento a nocivas alimañas, a bestias feroces, a insectos dañinos, a plantas feas y parasitarias, nosotros debemos cuidarnos de eliminar o corregir eficazmente esos errores. La Naturaleza no siempre es justa y con frecuencia parece complacerse en engendrar monstruos. Es necesario vigilarla y enmendar su obra. Pero hay que hacerlo conscientemente, tras detenido y bien madurado examen. El gato no es necesario cuando el ratón no exista. Los animales de carga y tiro son inútiles cuando los medios mecánicos llenen las necesidades del transporte con mayor rapidez y economía y menos sufrimientos. El cultivo de las plantas medicinales será innecesario cuando la enfermedad, que no tiene razón de ser, deje de azotarnos. Es preciso despojar la vida de todo lo que implique violencia, crueldad, dolor físico, brutalidad, fealdad y falta de limpieza. El antagonismo que mantiene en pugna a las especies y hace del mundo un repugnante campo de batalla, puede y debe reducirse considerablemente.

En lo que se refiere a las leyes de reproducción, no podemos permanecer indiferentes. Reproducirse sin tino, al buen tuntún, daría resultados desastrosos. La procreación debe hallarse lógicamente equilibrada por la capacidad de producción del planeta si no queremos que el exceso de población nos arrastre a un estado de miseria de incalculables resultados. En ese sentido todas las modificaciones y previsiones sensatas, son aceptables. De igual modo todo lo que se ensaye y ponga en vigor

para evitar se reproduzcan los individuos tarados, debe ser acogido con entusiasmo y respetado sin discusión. Engendrar carne doliente es absolutamente inaceptable y toda persona noble debe alzarse iracunda contra ese atentado a las sagradas leyes de la vida. La libertad de hacer hijos es la más discutible de las libertades. Y la que más sufrimientos ocasiona. Sufrimientos inútiles por otro lado, puesto que a nadie beneficia la existencia de turbamulta de degenerados, de enfermos incurables, de cretinos y vesánicos, que en el mejor de los casos, no sólo nos aturden con su coro de lamentos y con la exhibición de sus miserias, sino que han de vivir como parásitos pegados al torso de los sanos, absorbiendo su jugo vital y contaminándoles el morbo de sus dolencias.

Pero no es en ese sentido racional y digno de todo encomio, que el hombre se ha inmiscuido en el arreglo de esas leyes. A la inversa. Para lo único que no hallamos trabas es para engendrar, aunque los que llenen ese rol sean la escoria de la raza. Se sobreentiende, claro está, si los reproductores son casados, porque si no lo son, se tolera, mas no sin cierta hostilidad.

Para ejercer una profesión cualquiera, por pocas complicaciones que ofrezca, se exige al solicitante un certificado de capacidad o una demostración de pericia. En cambio, para la importantísima función de dar a la sociedad nuevos miembros, no se exige absolutamente nada, excepción hecha de la documentación relativa al estado civil de los interesados, futuros padres de familia, si éstos desean hacer las cosas de conformidad con las leyes vigentes. Poco importa que se case un sifilítico con una tísica, o un vesánico con una mujer normal. Esto a nadie preocupa mayormente desde el momento que los aspirantes a crear familia se disponen a hacer, voluntariamente, las cosas como Dios manda. Los retoños de estas parejas pueden ser un saco de dolor y de podre, pero eso es de la incumbencia exclusiva de sus progenitores y la sociedad se lava las manos y se encoge filosóficamente de hombros.

Lo que sí ha sabido hacer el *homo sapiens*, el rey de la creación, la criatura predilecta y obra maestra de Dios,

es considerar a la madre como un animal impuro. Casada, es decir, bendecida por la Iglesia y autorizada por las leyes, se la tolera como un mal necesario, propio de nuestra deleznable condición humana. "Vale más casar que quemar", dijo San Pablo.

No castiga la ley taxitivamente a la mujer soltera que se deja fecundar, mas la moral que una educación absurda ha logrado fijar en las costumbres, la condena tan brutal como inapelablemente. En vano invocará que se entregó por amor, inútilmente clamará que le asiste el derecho indiscutible a ser madre, que el instinto predominó y se le impuso a pesar de los principios de honradez que le fueron inculcados. Sus padres y sus parientes renegaran de ella; la sociedad entera la repudiará escandalizada y la catalogará en el índice de las pérdidas indignas de la estimación de las personas decentes.

Preciso es haber observado de cerca algún caso de esta indole para aquilatar la enorme suma de cruel incomprensión que la late en la conciencia humana. Esa infeliz mujer, es madre y es desgraciada, es decir, tres veces respetable, y, no obstante, se la acorrala y se la acosa como a una bestia dañina, no se le concede espacio para moverse ni aire para respirar, no se la deja en paz ni cuando definitivamente ha caído, para no levantarse jamás, entre las fauces poderosas del monstruo de la prostitución. Y ¿qué delito ha cometido? Olvidar lo que hemos dado en llamar sus deberes para renunciar tributo a una de las leyes más sagradas; elevarse de la categoría de mujer al rango de madre; gestar en sus entrañas un nuevo ser y parirlo con dolor, sufriendo animosa los crueles desgarramientos del parto.

¡Ah, estúpido ser humano! Esa mujer que no tuvo paciencia para aguardar a ser madre cuando la bendijera un sacerdote, no tiene nada de qué acusarse ni de qué avergonzarse. No ha olvidado sus deberes, al contrario, los ha llenado cumplidamente, ya que la maternidad es el deber principal que impuso la Naturaleza a toda hembra normal, deber que ha de cumplirse a toda costa si no queremos que las especies se extingan.

¿Qué importa que nuestras leyes y nuestras costumbres hayan trazado nor-

mas inadmisibles a esos deberes naturales y que no hayan sido tenidas en cuenta? ¿Acaso es imprescindible para reproducirse la obtención de un permiso expedido en toda regla? ¿A quién perjudica que una mujer sana dé a luz un hijo? ¿Qué perjuicios se derivan de tal hecho para nadie? Si la maternidad es pecado tan imperdonable, ¿por qué no se castra a los recién nacidos? ¿No es la castidad absoluta el estado ideal de perfección según se desprende de los principios antivitales de la religión? Pues suprimid el sexo y así despoblaréis este *miserable valle de lágrimas* y llenaréis la corte celestial de ángeles, arcángeles y serafines. En tanto no suprimáis la causa no es lógico fulminéis anatemas contra los efectos.

La mujer que es madre, casada o soltera, no debe ser divinizada ni ultrajada. Es una mujer completa, que es a lo que debe aspirar, puesto que la Naturaleza no la creó para que conservando el himen se elevara a los altares, sino para sacrificarlo en holocausto de la perpetuación de la especie. Idéntico motivo de alabanza o de censura existe en el hecho de reproducirse que en el de alimentarse. Son leyes naturales a las que estamos sujetos y las cuales no podemos infringir impunemente. La única limitación que nos es dado oponer a la satisfacción de las exigencias de ese instinto, ya lo hemos dicho, debe fundamentarse en el estado de salud del individuo y en las condiciones económicas de la sociedad. Eres sano, eufórico, y deseas reproducirte, reproducete. Así poblaremos el mundo de seres que no manciller con su presencia la pureza de la vida. Así el planeta será una morada limpia, agradable, confortable, bella, en la que el hombre respire a gusto y sepa sonreír y pensar y amar.

De la manera insensata que hasta la hora presente venimos conduciéndonos, nada de superior valía podemos crear. Nuestro proceder con las madres constituye por sí solo la mayor de las deshonras y nos acredita de bárbaros desnaturalizados. Una humanidad que conceptúa pecaminoso reproducirse, no tiene, en verdad, mucho de estimable. No por el calvario que impone a la madre, sino por la honda significación que ello envuelve. ¿Cómo nos juzgarán humani-

dades futuras cuando estudien nuestra época que conceptuamos esplendorosa a causa del progreso de la mecánica y de las diversas aplicaciones de la electricidad? La reiteración con que madres alocadas por el terror recurren al infanticidio para hacer desaparecer la prueba viva de *su abandono y de su falta*; la comisión diaria de crímenes pasionales; la cruel ferocidad con que nos ensañamos en el débil; son motivos más que suficientes para que se escriba nuestra historia con caracteres de estiércol y lodo.

No. A pesar de nuestros himnos de alabanza a las madres; a pesar de la ternura que humedece nuestros ojos al pensar en la mujer que nos nutrió en sus entrañas; a pesar del respeto que decimos nos inspira la mujer, lo cierto es que no la amamos, ni la veneramos, ni la respetamos. Nuestra tónica a este respecto, la forman la incomprensión y la hipocresía. Si realmente amáramos a nuestra madre, si comprendiéramos el alcance de su misión, y los dolores acerbos que esta misión la imponen, ¿cómo se explicaría que de manera tan dura nos conduzcamos con las madres de los otros?

Si algo existe capaz de transmitirnos clara y neta la sensación inefable de la santidad ganada por el amor y el martirio, ese algo es la madre con su nene en brazos o inclinada absorta sobre su cuna. Nada hallamos más tierno, grave, dulce, poético y respetable. La sola idea de que a esta criatura la acometa a dentelladas la rabiosa jauría del odio, nos subleva y espanta y avergüenza. Quisiéramos reunir en nuestros brazos la fuerza de todos los titanes para obligar a la colectividad, convertida en horda repulsiva, a prosternarse en el polvo y besar la tierra que pisa la que llaman pecadora porque fué madre. Es que, aunque se nos llame románticos y sensibles, no podemos olvidar a la santa mujer que nos dió vida de su vida, nos acunó en sus brazos, nos enseñó a dibujar las primeras sonrisas y a balbucear las primeras palabras y guió nuestros primeros pasos. Debido a este desinterés, jamás correspondido en su justa medida, con que nos amó nuestra madre, nos inspiran un profundo respeto todas las mujeres y nos descubrimos reveren-

tes ante la que lleva en sus brazos ese brote de esperanza que es un niño. Y debido a eso también, pedimos consideración y respeto para la que sin ser esposa es buena madre. Las convenciones sociales nada tienen que ver con ese sublime instinto que da origen al más puro y abnegado de todos los sentimientos.

Aceptar la maternidad sencillamente como lo que es, como una función natural que provoca en la mujer una eclosión de sentimientos de superior categoría, es secar una fuente de dolores inútiles, de crímenes horrendos y de bochornosas injusticias. Equivale a dignificarnos, ennoblecernos y desembarazarnos de incontables amarguras. Es, sobre todo, eliminar un error, concretar en realidad tangible un ensueño humano y generoso que, al mismo tiempo, responde a una ley natural.

Toda mujer sana, es preciso proclamarlo bien alto y aceptarlo sin reservas de ningún género, tiene un perfectísimo derecho a ser madre con permiso o sin él. La maternidad completa su desarrollo físico y moral y abre paso a sentimientos y aptitudes que sólo existían, por decirlo así, en estado latente en el fondo oscuro de la subconsciencia antes de la fecundación. A nada que no sea su instinto debe obedecer en ese orden. El la orientará certeramente. Ella ama instintivamente a los hijos por nacer y tiene bastante desarrollado el sentimiento de responsabilidad en lo que a la conservación de la especie se refiere para no entregarse a tontas y a locas al que no considere capaz de engendrar un ser sano robusto, fuerte y bello. Así como en la actualidad sólo tiene en cuenta la situación económica del candidato a marido, el día que la maternidad se conceptúe una función natural de utilidad social y no sólo no se acorrale a la madre, sino que se la proteja o retribuya se preocupará de entregarse para ser fecundada al macho en el cual halle reunidas las condiciones requeridas para llenar eugénicamente tan delicada misión.

Ciertamente se nos tildará al leer esto de inmorales y de enemigos de la familia. No nos preocupa. La inmoralidad que tienda a enjugar una lágrima, a paliar un dolor, a reparar una injusticia, a eliminar un error, antes nos enorgullece

que nos intimida. Inmorales, sí, pero humanos. Enemigos de la familia, también, más acérrimos defensores de la humanidad. No nos conformamos con tener uno o varios hermanos. Queremos que todos los hombres y mujeres que alienten bajo la comba del cielo, sean hermanos nuestros. Somos así de ambiciosos. Si acariciar este anhelo es una inmoralidad, ¡qué le hemos de hacer!, nos resignaremos. Cargaremos gozosos con el sambenito de los inmorales. ¡Cuánto nos satisfaría que la tierra toda, de uno a otro polo, se llenara de inmorales así, a los que pudiéramos sonreír y amar con toda nuestra alma...!

Sin embargo, debemos rechazar esa calificación que hallamos enteramente gratuita. Naturalmente no pretendemos situarnos dentro de los moldes de la moral corriente. Nos avergonzaríamos de ello. Nosotros no hablamos en nombre de esa moral que condena el beso y la libre expansión del instinto sexual y admite la depravación con sordina y el antagonismo social imperante que convierte al hombre en la presa del hombre. Nuestra moral es otra. Nuestra moral se fundamenta en el respeto a la vida y nos induce a no ver en las acciones humanas sino el resultado de impulsos naturales bien o mal dirigidos, que unas veces dan frutos beneficiosos y otras nocivos. No hallamos condenable otra cosa que la mala orientación del instinto, consecuencia de una educación que sobre ser defectuosa está pésimamente atendida. Fundamentalmente, aunque el bien y el mal se alean en confusa amalgama en la escala sin fin de la vida, creemos que en la conciencia humana, apenas balbuciente aun, vibra en mayor cantidad la bondad que la malicia y que en condiciones favorables aquélla predominará sobre ésta. La moral que reclama frenos y lazos para mantener a raya la maldad del hombre, la reputamos altamente ofensiva para la especie humana porque admite explícitamente que la humanidad está integrada por malvados del peor género que sólo bajo la amenaza del látigo se contienen en ciertos límites. Por eso la rechazamos de plano, sin que aceptemos el calificativo de inmorales. Inmorales seríamos si fuéramos morales en ese sentido y no es paradoja.

Sin detenernos más en este extremo, debemos volver al punto de partida.

La maternidad como función natural no tiene nada que ver con nuestros prejuicios morales ni sociales. Ser madre no es ninguna deshonra. Lo que realmente es censurable es que engendremos carne de dolor y lacería. El impulso instintivo y vital que nos fuerza a reproducirnos y el choque carnal que es su consecuencia inevitable, nada tiene de pecaminoso, a condición de que sólo nos dejemos arrastrar por él cuando estemos en estado de producir un hijo bien logrado.

Para que este principio natural recobre sus fueros y no nos haga víctimas de sus impulsos ciegos, es necesario que

una educación bien comprendida y bien orientada reemplace a la actual. Y también que la sociedad evolucione en un sentido progresivo. De otra manera, la especie humana se extinguirá sin remedio como tantas otras especies se extinguieron antes, sin haber llenado sus destinos, esto es, sin haber sacado de sus dolores y de sus luchas, un beneficio positivo. No exageramos, ya que según organice el hombre la familia así resultará la sociedad, y si ésta no sigue otros derroteros que los actuales, no hace falta ser un auge para ver que al final de todos ellos, nos espera la negra boca del abismo.

H. NOJA RUIZ



Lo que yo pienso del pueblo ruso



El elemento anárquico en la Rusia campesina



La obra de Panait Istrati, Rusia al desnudo, ha suscitado en todo el mundo intelectual una viva discusión entre partidarios y enemigos del régimen soviético, que coloca a aquel país, digno en verdad de mejores designios, en el plano de mayor actualidad.

A ilustrar al lector acerca del estado moral de aquel gran pueblo que hizo la más grande revolución, tienden los siguientes artículos de Máximo Gorki, que ESTUDIOS se complace en publicar por primera vez en España.

Personas de todos mis respetos me solicitan para que exponga lo que yo pienso de Rusia.

Lo que pienso de mi país, o, para decirlo más propiamente, del pueblo ruso, o de los campesinos que forman su mayoría, me produce honda aflicción. Para mí sería más cómodo no contestar a la pregunta; pero me he mezclado con ellos y los conozco demasiado para tener derecho a guardar silencio.

Sin embargo, entiéndase que no voy a condenar ni a justificar nada, sino sencillamente a reflejar aquí la manera en que mis innúmeras impresiones se moldearon por sí mismas. Un juicio no es todavía una condena, y si se demostrara que mis opiniones han sido erróneas, no me apesadumbraría por ello.

PSICOLOGIA DEL ALDEANO

En su esencia, cada individuo del pueblo es una corriente elemental de anarquía. Las gentes necesitan comer todo

cuanto les es posible y trabajar lo menos que puedan. Quieren poseer todos los derechos y no tener deberes. La atmósfera de ilegalidad en la cual el pueblo ha estado acostumbrado a vivir desde los antiguos tiempos, le ha inducido a creer en la legitimidad de la ilegalidad, en la naturalidad zoológica de la anarquía.

Esto le sucede especial y estrechamente a las masas aldeanas rusas, que han sufrido un abrumador y brutal yugo de esclavitud más grande que el de ningún otro pueblo de Europa. El campesino ruso ha permanecido por espacio de muchas centurias soñando en el advenimiento de un estado que no tuviera ningún derecho a influir en la voluntad individual y en la libertad de los actos, es decir, en un estado que careciese de poder sobre el hombre. Ante la esperanza inasequible de alcanzar la igualdad de todos, mientras la libertad de cada uno quedaba eliminada, el pueblo ruso se esforzó por establecer un Estado en forma de Imperio cosaco, de "Setch" ucraniano.

Aun ahora, todavía se agita en el alma oscura del sectario ruso la visión de un fabuloso "Reino mesiánico". Este existe en alguna parte de las "fronteras de la tierra", donde el pueblo vive tranquilo, sin saber nada de la "vanidad anticristiana" de la vida y de la ciudad dolorosamente atormentada por las convulsiones del progreso de civilización.

El instinto del nómada aún no ha desaparecido en la naturaleza del aldeano ruso. Considera el trabajo del labrador como una maldición de Dios, y ansía huir de un sitio para otro. Se halla casi latente en él, o, al menos, débilmente desarrollado, el agresivo deseo de establecerse con firmeza en un lugar elegido y ejercer influencia favorable a sus intereses en cuanto le rodea. Y cuando así lo determina, emprende una difícil e infructuosa lucha. Quienes se esfuercen en contribuir a la vida de la aldea con algo propio o algo nuevo, chocan con la desconfianza y la hostilidad de la otra parte de la aldea, que se comprime para resistir la presión o los hace saltar del medio.

Con más frecuencia ocurre que los innovadores que han chocado con el conservatismo insuperable de la aldea rusa tengan que abandonarla. Hay sitio adonde ir: la llanura vacía se extiende en todas direcciones, con tentadora seducción.

INFLUENCIA DE LA LLANURA

El reputado historiador ruso Kostomarov dice: "Siempre ha existido entre el común del pueblo la oposición al Estado; pero a consecuencia de la excesiva extensión geográfica, la expansión del país toma la forma de fuga, de deserción de los deberes impuestos al pueblo por el Estado, y no de una resistencia activa y combativa". Desde el tiempo a que se refiere lo transcrito, la población de la llanura rusa ha aumentado, y la "expansión geográfica" se ha contraído; más la psicología del pueblo permanece siendo la misma, y encuentra su expresión en el curioso proverbio-consejo: "No abandones tu diversión, pero no hagas ejecutar tu labor".

Desde la más temprana niñez, el hombre de Occidente, tan pronto como puede sostenerse sobre sus piernas, ve en derredor de sí los monumentales esfuerzos de

trabajo de sus antecesores. Desde las esclusas de Holanda hasta los túneles de la costa italiana y los viñedos del Vesubio; desde las potentes obras de Inglaterra hasta las gigantescas fábricas silesianas, toda la superficie de Europa se halla espesamente cubierta por las más grandes encarnaciones de la organizada voluntad del hombre, voluntad que yerge delante de él la arrogante aspiración de dominar las fuerzas elementales de la naturaleza para someterlas a los prudentes intereses del hombre. "La tierra está en manos del hombre y él es su verdadero señor". Esta impresión, de que está saturado el niño de Occidente, le inculca la apreciación de la obra del hombre, de respeto para su labor y del sentimiento de su propia importancia personal, como heredero de las obras y creaciones admirables de sus antepasados.

Tales ideas, sentimientos y apreciaciones no pueden surgir del alma del aldeano ruso. La ilimitada planicie, cubierta de bosques y de aldeas de tejado de paja, posee la maligna propiedad de abrumar al hombre y de absorber sus aspiraciones. El campesino quiere a veces ir más allá del recinto de su pueblo, contemplar la desolación que lo rodea, y luego sentirá que esa desolación fluye de su alma. En parte alguna en derredor de él verá la menor señal duradera de esfuerzo y creación. ¿Las haciendas de los propietarios? Son pocas y se encuentran habitadas por enemigos. ¿Las ciudades? Están lejos y no mucho más civilizadas que las aldeas. Por todas partes la llanura sin fin. En el centro, el hombre, pequeño e insignificante, arrojado sobre este suelo lúgubre en penosa servidumbre. Y el hombre está sujeto a un sentimiento de indiferencia que destruya su capacidad de pensar, de recordar el pasado, de trabajar más allá de lo que le dicta su experiencia. El historiador de la civilización rusa dice, para caracterizar al campesino: "Muchas supersticiones y ninguna idea".

Este juicio doloroso se halla confirmado por todas las gentes de Rusia.

LA CIUDAD Y EL CAMPO

El estío ruso no ofrece dificultades, porque "la vida dorada de los campos suntuosos" es bella. Pero en el otoño, el labrador vuelve a enfrentarse con la tie-

rra desnuda que le solicita y le somete a penosa servidumbre. Luego llega el duro invierno de seis meses. La tierra se viste con blanco y deslumbrador sudario; la tempestad furiosa, amenazadora, llena de rabia, bate los campos, y el hombre, sofocado, ocioso y solitario, tiene que recluirse en su estrecha y asquerosa choza. De toda su labor, sólo le resta sobre la tierra una cantidad de paja y una cabaña, que tres veces en la vida de cada generación es destruída por el fuego.

El primitivo trabajo técnico de la aldea es increíblemente opresor y los campesinos lo denominan "strada", del verbo ruso "sufrir". La carga de su trabajo, en relación con sus resultados insignificantes, hace más profundo en el campesino el instinto de la propiedad privada, y casi le inmuniza a la influencia de las doctrinas que adscriben todos los males humanos al poder de este mismo instinto.

La labor del habitante de la ciudad es variada, firme y duradera. De la masa informe de mineral muerto extrae máquinas y aparatos de asombrosa complicación, a los que da la vida con la inspiración de su pensamiento. Para sus fines, ha subyugado ya las fuerzas de la Naturaleza, que son para él lo que los "djins" de los cuentos orientales fueron para el rey Salomón. Ha levantado en derredor suyo una atmósfera de razón, una "segunda Naturaleza". En todas partes ha visto sus energías incorporadas a infinita variedad de mecanismos y de cosas, a miles de libros y de cuadros; y en todas partes se encuentran las huellas de los grandes tormentos de su espíritu, de sus sueños, de sus esperanzas, de su amor, de su odio, de sus dudas, de sus creencias; su alma sensitiva, en la cual arde un fuego inextinguible por crear nuevas formas, nuevas ideas, nuevos gustos, y en la que mana el conmovedor esfuerzo por descubrir los secretos de la Naturaleza y encontrar el sentido de la vida.

Esclavizado por la autoridad del Estado, permanece interiormente libre. Y por esta misma libertad de su espíritu destruye las formas anticuadas de vida y crea otras nuevas. Siendo hombre de acción, hace su vida dolorosamente ruda y llena de vicios, pero hermosa en su plenitud. El es el instigador de todos los males sociales, de las perversiones de la carne y el espíritu; el creador de la false-

dad y de la hipocresía social; pero también es él quien fabrica el microscopio de la propia crítica, que le permite ver con terrible clarividencia sus vicios y sus crímenes, su salvajismo y sus errores involuntarios y los más minuciosos movimientos de su eternamente insatisfecho espíritu.

Siendo un gran pecador contra su vecino, y tal vez más grande contra sí mismo, es el mártir de sus propios esfuerzos, los cuales, al mismo tiempo que le deforman y le sumen en la desolación, hacen surgir en él nuevos tormentos y nuevas alegrías de vida. Su espíritu, a la manera del maldito Ashaverus (el judío errante), camina a través de la infinitud del futuro, a veces hacia el corazón del Cosmos, a veces hacia el fondo vacío del Universo, que acaso llena con su energía física, creando algo que va más allá de las concepciones del intelecto moderno.

El instinto considera solamente como importantes los resultados utilitarios del progreso del espíritu humano, solamente lo que puede aumentar la prosperidad material y externa de la vida, aunque ello sea una patente y vil mentira.

La inteligencia, en cambio, encuentra que el proceso de la creación es importante por sí mismo. La inteligencia es loca como el sol, trabaja sin egoísmo alguno.

LAS REVOLUCIONES DEL SIGLO XVII

Hubo en Rusia en otro tiempo un sujeto llamado Iván Bolotnikov, hombre de rara suerte. Siendo niño, fué capturado por los tártaros en una de sus frecuentes excursiones en las ciudades fronterizas del reino moscovita. Cuando era adolescente, fué vendido a los turcos y esclavizado en las galeras turcas. Fué redimido de la esclavitud por los venecianos, y, después de haber vivido en la aristocrática República de los Dux de Venecia por algún tiempo, retornó a Rusia.

Esto ocurrió en 1606. Los boyardos moscovitas habían perseguido a muerte al zar Boris Gudonov y asesinado al inteligente, temerario y enigmático joven que asumiendo el nombre de Dmitri el hijo de Ivan el Terrible, ocupó el trono moscovita, y, tratando de desterrar los hábitos asiáticos de los boyardos, les dijo en su cara: "Vosotros os consideráis el pue-

blo más recto del mundo; pero sois depravados y malvados. Amáis muy poco a vuestros prójimos y vecinos y no estáis nunca dispuestos al bien”.

Fué asesinado. El astuto príncipe Vasili Shuisky, hombre de dos caras, fué elegido zar. Entonces apareció el segundo pretendiente, que se presentó igualmente como hijo de Iván el Terrible, y empezó en Rusia la sangrienta tragedia de disolución política conocida en la Historia bajo el nombre de “La confusión”. Iván Bolotnikov se unió a este segundo pretendiente, y recibió de él el derecho de mandar un reducido destacamento de secuaces, y marchó con ellos sobre Moscou, predicando a los siervos y campesinos en la forma siguiente: “Matad a los boyardos, apoderaos de sus esposas y de todos sus bienes. Matad a los comerciantes y a toda la gente rica, y dividid sus haciendas entre vosotros”.

Este tentador programa de comunismo primitivo atrajo a las filas de Bolotnikov muchos miles de siervos, de campesinos y de vagabundos. Estas gentes derrotaron una y otra vez los ejércitos del zar Vasili, a pesar de estar éstos mejor armados y organizados; sitiaron a Moscou, y sólo tras grandes dificultades fueron vencidos por las tropas de los boyardos y de los mercaderes. Finalmente, esta primer rebelión importante de campesinos fué ahogada en torrentes de sangre. Bolotnikov fué cogido prisionero, y después de sacársele los ojos, fué ahogado en el río.

El nombre de Bolotnikov no se ha conservado en la memoria de los campesinos; su vida y su actividad no se conmemoran ni con cantares ni con leyendas. Del mismo modo, las tradiciones de los campesinos rusos no contienen ni una palabra acerca de aquel período de diez años, de 1602 a 1612, de caos sangriento, que los historiadores caracterizan “como una escuela de licencia, de anarquía, de insensibilidad política, de duplicidad, de engaño, de volubilidad en las ideas y de frívolo egoísmo incapaz de apreciar las necesidades comunes.

Pero todo esto no dejó señal alguna en la vida o en las memorias del campesino ruso. En las leyendas de Italia todavía vive la memoria de Fra Dolcino; los bohemios recuerdan a Jan Zhishka, al igual que el campesino alemán se acuerda de Tomás Muntzer y de Florián Geier; los

franceses de los héroes y mártires de la Jacqueria, y los ingleses, del nombre de Watt Taylor. Alrededor de todos estos hombres queda, entre la gente del pueblo, un cúmulo de narraciones, de cantos, de leyendas. Pero los campesinos rusos no conocen sus héroes, sus jefes, sus apóstoles de amor, de justicia y de venganza.

Cincuenta años después de Bolotnikov, el cosaco de Don, Stipan Bazin, alzó en rebeldía los campesinos de casi toda la cuenca del Volga, y avanzó con ellos hacia Moscou, despertado por la misma idea de igualdad política y económica. Casi durante tres años, sus bandas robaron y asesinaron boyardos y comerciantes. Supo batirse en batallas campales con los ejércitos del zar Alexei Romanoff. Su rebelión amenazó con extenderse a toda la Rusia campesina. Pero, al fin, fué derrotado y descuartizado. Sólo dos o tres canciones quedan en la memoria popular referentes a él; pero es dudoso el verdadero origen popular de tales canciones. Su significado era ininteligible para los campesinos en los principios ya del siglo XIX.

No menos potente y extendida fué la rebelión comenzada por el cosaco del Ural Pugatchov, en los días de la gran Catalina, rebelión que fué el último atentado belicoso por parte de los cosacos contra el régimen del Estado, según lo ha definido el historiador S. F. Platonov. También Pugatchev, lo mismo que todos los demás movimientos políticos menos importantes del pueblo ruso, pasó sin dejar recuerdos claros en los campesinos rusos. Y es posible decir de todos ellos literalmente lo mismo que se ha dicho por el historiador del terrible período de “La confusión”:

“Todos estos alzamientos no cambiaron nada, no contribuyeron a nada nuevo, ni en el mecanismo del Estado, ni en el orden de las ideas, ni en los hábitos y prácticas del pueblo”.

Y es oportuno añadir a este juicio la conclusión de cierto extranjero que ha estudiado cuidadosamente al pueblo ruso: “Este pueblo no tiene memoria para la Historia. No conoce su pasado, y, al parecer, no quiere conocerlo”.

El gran duque Sergio Romanoff me dijo que en 1907, cuando se estaba celebrando el tercer centenario de la dinastía Romanoff, y el zar Nicolás se hallaba

en Kostroma, que Nicolás Michailovitch, otro gran duque que fué el talentado autor de una compleja serie de obras sólidas de carácter histórico, dijo al zar, señalando la muchedumbre de miles de campesinos:

“Son exactamente lo mismo que eran en el siglo XVIII, cuando eligieron a Mi-

chel para ocupar el trono de los zares; verdaderamente los mismos. ¿No juzgáis que es una desgracia?”

El zar guardó silencio. Se dice que siempre se callaba en respuesta a las preguntas graves. Esto es una sabiduría de cierta clase; si no es el resultado de astucia o de temor.

La crueldad del mujik

TORTURAS DE INFIERNO

La crueldad es una cosa que me ha causado perplejidad y dolor toda mi vida. ¿De dónde nacen, de qué brotan las raíces de la crueldad humana? He meditado mucho acerca de ello; pero no he llegado a comprenderlo.

Hace mucho tiempo que leí un libro que llevaba el siguiente ominoso título: “El progreso como evolución de la crueldad”.

Elegidos con gran habilidad los hechos, el autor trataba de probar que con el desarrollo del progreso los hombres se están atormentando unos a otros, a la par física y espiritualmente, cada día con más sensualidad, con más refinamiento. Leí aquel libro con ira; no creí lo que decía, y pronto olvidé sus paradojas.

Pero, actualmente, después de la aterradora locura de la guerra europea y de los sangrientos acontecimientos de la Revolución, aquellas agrias paradojas han acudido con frecuencia a mi memoria. Pero he de hacer notar que en la crueldad rusa no hay, aparentemente, evolución alguna. En sus formas no se advierte cambio.

El cronista de principios del siglo XVII consigna que, en sus tiempos, torturaban (en Rusia) del siguiente modo: “Echan pólvora en la boca de la víctima, y le prenden fuego. A otros los rellenan de pólvora para hacerlos estallar del mismo modo. También abren los pechos de hombres y mujeres, y, pasando cuerdas por los taladros, cuelgan los cuerpos de las cuerdas”.

En los siglos XVIII y XIX hacían estas mismas cosas en los territorios del Don y de los Urales, y ahora introducen a la fuerza, como si fuera en una roca, un cartucho de dinamita en el cuerpo de la

víctima, y lo hacen estallar cual un barrero.

Creo que el pueblo ruso es excepcional en este concepto y, así como los ingleses tienen una capacidad humorística especial, los rusos poseen una crueldad instintiva, una crueldad a sangre fría que trata de encontrar los límites extremos a que puede llegar el dolor y la resistencia humana y poner de manifiesto la tenacidad y perseverancia de las fuerzas vitales.

En la crueldad rusa se advierte un refinamiento diabólico; hay en ella algo delicado. Esta cualidad difícilmente puede explicarse por calificaciones tales como anormalidad psíquica o sadismo, palabras que de un modo esencial y general, no explican nada. ¿Será una herencia de alcoholismo? Sin embargo, no creo que el pueblo ruso se halle más saturado del veneno alcohol que otros pueblos de Europa, aunque es posible que este veneno actúe más profundamente en la psicología del campesino ruso, cuya nutrición es más pobre que en otros países donde la alimentación es más variada y abundante.

Es posible, también, que la lectura de las vidas de los santos mártires, pasatiempo favorito de los que tienen aficiones literarias en las pobres aldeas, haya influido en el refinamiento de la crueldad rusa.

Si se tratase de ejemplos de crueldad que mostrasen solamente la perversa psicología de individuos sueltos, no habría por qué hablar de ellos aquí, pues constituirían materia para quien se dedicase al estudio de la psiquiatría y no para el historiador. Pero me refiero, por el contrario, únicamente a los casos en que comunidades enteras encuentran delectación en atormentar criaturas humanas.

En Siberia los campesinos abren en el

suelo grandes hoyos y en ellos echan, cabeza abajo, los soldados del ejército rojo que caen en sus manos; pero procuran que las piernas, desde las rodillas, queden sobresaliendo del nivel del suelo. Hecho esto, llenan gradualmente los hoyos con tierra y observan con atención las convulsiones de las piernas con el fin de apreciar qué víctimas resisten más y las que más tardan en perecer sofocadas.

Los cosacos de la Trans-Baikalia enseñan a sus muchachos el arte de partir leña en las espaldas de los prisioneros.

En la provincia de Tambov se clava a los comunistas en los troncos de los árboles a un metro de altura del suelo; pero atravesándoles con los clavos únicamente la mano izquierda y el pie izquierdo, y se observan muy detenidamente los sufrimientos de los hombres crucificados de tal modo:

Otras veces se abre el vientre del prisionero, se extrae una porción de los intestinos, se clava esta porción al tronco de un árbol o a un poste del telégrafo, y, después, se obliga, a golpes y empujones, a la víctima a que dé vueltas alrededor del árbol, y los verdugos contemplan con delectación cómo va el resto de los intestinos saliendo por la herida y desarrollándose.

A los oficiales prisioneros se les desnuda por completo y se les arranca de los hombros tiras de piel, formando a modo de charreteras; taladrándoles los brazos con clavos que representan las estrellas que indicaban su graduación; y, finalmente, les desuellan toda la porción de la cintura donde se ciñe el cinturón del sable, y a lo largo de las piernas la que corresponde a la franja del pantalón. A esto le llaman "ponerles el uniforme". La operación requiere mucha habilidad y no poco tiempo.

Otros muchos horrores semejantes podrían ser descritos, pero la odiosidad de su carácter no me consienten entrar en pormenores de estas sanguinarias diversiones.

¿Quiénes son más crueles, los "rojos" o los "blancos"? Probablemente son iguales, porque unos y otros son rusos. Sin embargo, la historia suministra una respuesta muy categórica acerca de los distintos grados de crueldad: "Los más activos son los más crueles".

(Continuara.)

MÁXIMO GORKI

Una pregunta a Krishnamurti

PALABRAS SABIAS

Pregunta: *Siendo necesarias todas las cualidades para el completo desarrollo de la vida, ¿no es la devoción, en forma de amor a un superior, necesaria para este desarrollo? Y ¿puede ser evocada la devoción sin el concepto de un gurú, un Maestro o un Dios?*

Krishnamurti: ¿Y por qué no podéis enamoraros de la vida? Después de todo, la vida es la meta. Si tenéis amor y devoción por la meta, todas las muletas os son innecesarias. Debéis tener amor y devoción, pero no está la cuestión en que debáis. El amor y la devoción están como el perfume en una flor. ¿Por qué ha de seros más difícil el tener amor o devoción por la eterna meta que por un mediador? Estáis enredados en vuestras propias creaciones, en vuestras verdades a medias y vuestros dioses; y al hombre que pretende enseñarnos a ser libres, a enamorarnos de lo eterno, a prescindir mediadores, lo rechazáis diciendo: "Eso es demasiado difícil".

Sostengo que teniendo devoción por los mediadores y los intérpretes, se hace más difícil y más complicado tener una comprensión sencilla de la vida. No me digáis: "¿pero usted no tuvo también fe en los mediadores?" Precisamente porque la he tenido, os digo: "No os dejéis aprisionar en estos albergues cuyas decoraciones os invitan al fácil estancamiento y a la fácil comodidad. Más vale quedaros fuera a la intemperie y enamoraros de la vida".

¡Pobres de nosotros el día que la espiritualidad dejase de ser uno de los más importantes capítulos de nuestra vida!

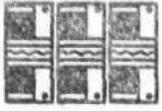
LOYENT



Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjanse de la siguiente forma:

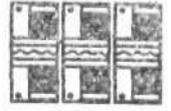
Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158.—VALENCIA



Para
ESTUDIOS

La continuidad en el Universo y la Plasmogénia



La ley de continuidad de Leibnitz enseña que la continuidad existe dondequiera a través del mundo y de la vida, así como la organización. Nada está muerto: la vida es universal. Resulta de aquí que no hay interrupción o vacío en la sucesión de los fenómenos naturales; todo se desarrolla gradualmente y el origen de los seres orgánicos debe buscarse en los inorgánicos. Los modernos filósofos, imbuidos en los mismos principios, Fouillé, L. Bordeau y A. Sabatier, se expresan en términos semejantes (1).

La plasmogénia, nueva ciencia del porvenir, hostilizada en todas partes por ser contraria a los dogmatismos religiosos y pasteurianos, está destruyendo, lenta y seguramente, el vetusto edificio que puede considerarse como albergue de los verdugos de la humanidad, verdugos en grande, que han sacrificado a millones de individuos y exigen que siga el hombre apareciendo y sufriendo sobre la tierra.

La plasmogénia reúne el inmenso acervo de conocimientos, hechos, teorías e investigaciones sobre el origen del protoplasma, habiendo ya producido las albúminas artificiales o polipéptidos, los fermentos metálicos de Bredig, las cien mil materias orgánicas sintéticas, infinidad de formas aspectos, movimientos, actividades, germinación, multiplicación, crecimiento de seres artificiales imperfectos, que culminan en mis colpoides, especie de infusorios, semejantes a los cólpodos, que se atacan, se siguen, luchan, se roban sus savias, imitan maravillosamente una colonia de organismos microscópicos en delirante actividad.

Día a día publican en todas partes profundas investigaciones sobre los coloides, los precipitados periódicos, las micelas, las cadenas de átomos de la materia orgánica, explicando las propiedades del protoplasma. Sólo en la gran obra de Jerome Alexander sobre coloides

(tomo II), publicada en Nueva York, hay una abundante cosecha de páginas consagradas al problema, en sus diversas modalidades.

Y la plasmogénia penetra al más fondo de los problemas, demostrando que la vida se debe a las fuerzas fisico-químicas conocidas: ¿debe persistir o debe extinguirse (en teoría) la especie humana, envejecida y sufriendo? He demostrado que no (2).

Pero hay aún otro tema, tan antiguo como nuestra historia: ¿Dios existe? La plasmogénia proclama que no existe, pues habiéndose probado que hay continuidad en la naturaleza y que lo orgánico y viviente procede de lo inorgánico, destruyendo, a la vez, el dogma de la fuerza vital, no se comprende ni es lógico que existan separaciones, abismos, entre las partes del Cosmos, y entonces, suponiendo que Dios existiera, estaría, como dicen, en todo, y dentro de nosotros, como lo está el Éter cósmico. ¿Para qué, entonces, pueden servir las religiones? ¿Para qué pedirnos a nosotros mismos, creer en nosotros mismos, sacrificarnos por nosotros mismos? Nada sería más inútil y hasta absurdo. Los 1.900.000.000 seres humanos estarían empapados en esa infinita divinidad, como lo estamos en el medio universal.

De esta manera, como lo demuestra la historia, son inútiles, en absoluto, las creencias y las oraciones, que nada han producido, fuera de vanos consuelos ilusorios, retardando, en cambio, inmensamente, el progreso de la civilización, sin que nadie pueda calcular lo que seríamos sin esas ideas arcaicas que han servido para explotar a los pueblos de todos los tiempos y lugares. Si somos continuos con la divinidad, ésta sólo puede ser la misma naturaleza, de donde proviene todo, y no vamos a adorar la tierra, el aire, los mares y los lagos, las montañas y los continentes, ni nos

(1) Según Dastre. Véase HERRERA: *Una nueva ciencia. La Plasmogénia*. Maucci, Barcelona. 1926. Pág. 323.

(2) *La muerte del género humano. Intuición*. Nueva York. Tomo I. Septiembre de 1929. Página 3.

daría ningún resultado esa estúpida adoración.

La plasmogenia ha demostrado la ley de continuidad, a tal grado, que los detalles más íntimos de la célula se hacen ya a voluntad en mi laboratorio. He aquí un ejemplo:

Nada imita mejor hasta hoy esos detalles que una cristalización incompleta, porque se forman membranas invisibles dentro de la red invisible de los cristales, en volúmenes y superficies infinitamente pequeños, reproduciéndose así las emulsiones protoplásmicas o sistemas coloidales de Verne.

Como el fluor tiene una gran afinidad por la siliza, hace muchos años pensé unirlos en mis experimentos, para manejar así, a la vez, un coloide, la siliza y un cristaloides: el fluoruro de calcio.

Produzco así, simultáneamente, un silicato y un fluoruro de calcio, que se unen estrechamente y dan el aspecto microscópico del protoplasma y la célula naturales. En numerosas publicaciones los presento (3).

En estos momentos estudio los notables resultados de la siguiente fórmula, que cualquiera puede repetir en un modesto laboratorio o botica:

Solución A:

Grenetina 20 gramos
 Agua destilada 100 "

Se disuelve en caliente. Se agrega:

Solución de cloruro de calcio de una densidad de 1020 20 cm.³
 Se agita y agrega glicerina 20 cm.³

Solución B:

Bifluoruro de potasio de Merck 0 g. 400
 Agua 50 cm.³
 Silicato de sodio de una densidad de 1080 25 cm.³

Se mezcla. Se ponen 4 centímetros cúbicos de A en una caja de Petri común

para cultivo de bacterias o en un vidrio. Se deja enfriar y solidificar. Sobre la superficie unida y lisa de la gelatina se ponen gotas grandes, dos en número, distantes, de B. Se deja en reposo, sin tapa, y después de 24 horas se observa con microscopio.

De los bordes de las gotas brotan precipitados periódicos muy finos, como de líneas paralelas, y en varias partes aparecen cristales imperfectos de fluorosilicato de calcio, con los más variados e interesantes aspectos de células nucleadas, en división, con husos y asteres o estrellas, así como figuras de infusorios con pestañas vibrátiles, estrías en la cutícula y aun núcleos. Nada recuerda aquí la materia muerta ni los cristales, y si se ve la preparación cuando se están formando estas imitaciones, se asiste a la división de las células y formas amiboideas, que se estiran y separan en dos.

Aunque estas figuras se endurecen y no siguen evolucionando, es sumamente notable que reproducen detalles muy íntimos de la vida, sin albúminas, sin Creador, sin circunstancias sobrenaturales o misteriosas, pudiendo fijarse los detalles, teñirse y conservarse como las células naturales, con los mismos reactivos y procedimientos, lo que es altamente significativo.

Pero lo es más, y muy doloroso, que llevo años de publicar resultados semejantes, desde mi primera comunicación a la Academia de Ciencias de París (4) en 1919, hace once años, y no se vulgarizan, no se discuten, no se perfeccionan en ninguna parte, no obstante que se trata de hechos y de que he remitido preparaciones originales a numerosas Academias.

La ciencia oficial, íntimamente asociada al fanatismo, no quiere que se toque este punto delicado y se aferra a las ideas dogmáticas e intransigentes sobre las nucleínas y las proteínas de las células naturales, limitando así el horizonte mental a lo que conviene a las religiones y a la explotación de las masas populares.

Pero ya pronto se obtendrán las mismas o mejores imitaciones con los ácidos aminados y nucleínicos, y el que

(3) *Una nueva ciencia. La Plasmogenia.* Numerosas figuras y referencias. Actas de la Academia de los Lincei, de Roma. 1925-29.

(4) *Comptes rendus.* Académie Sciences. París. 10 mai 1919.

esto escribe ha logrado buenos modelos con la albúmina del huevo y los ácidos minerales.

Es infantil pretender que la ciencia se detenga, como no se detiene el sol.

De todas maneras y en todos los casos el principio de la continuidad se cimienta más cada día sobre los pilares de Rodas de la ciencia, en tanto que el fantasma de Dios se va perdiendo en el horizonte...

Y puesto que nada nos envía en comisión a la vida y nada nos espera después, deberemos proclamar, como un consuelo y caridad suprema, *que la humanidad no tiene obligación alguna de persistir*; que la dicha total está muy lejana y problemática; que somos simples agentes de

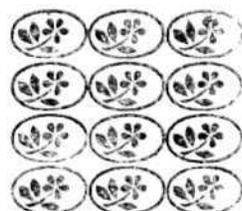
la geología terrestre y debemos abandonar esta función a los escuerzos y otros seres menos sensibles que nosotros; que nos es indiferente la suerte de nuestro planeta y que convendría extender sin descanso los procedimientos neomaltusianos, hasta llegar a la extinción total, muy hipotética, desgraciadamente, de una especie de animales vertebrados que nunca han dejado de ser antropófagos, devorándose unos a otros en las luchas eternas y las guerras exterminadoras, si no materialmente, al menos moralmente y sin misericordia.

A. L. HERRERA

Méjico, Mayo 21 de 1930.



Parejas humanas



III

Relaciones amistosas

Variadas y dignas de curiosidad son las relaciones amistosas que sostienen la mujer y el hombre. Se les llama amistosas porque no llegan a la relación sexual, aunque, salvo excepciones, no son más que formas de amor. Hasta ahora son muy escasas las amistades firmes entre hombre y mujer; casi todas ellas son, o acaban siendo, un amor más o menos intenso. Por eso, por ser las más, me referiré a las que encierran formas de amor.

Durante el tiempo de la adolescencia y primera juventud, desde la pubertad hasta que se va al matrimonio, mozos y mozas se dedican a cortejarse mutuamente. Poquísimas son las muchachas, y menos los muchachos, que no hayan tenido más de un amorío fugaz. Hay mozos que los cuentan por docenas — ¡se hacen tan donjuanescos de profesión! —, y mozas también las hay. Es un entretenimiento, un juego divertido, una forma de pasar el tiempo alegremente.

Los jóvenes son los que más se divierten. Alardean, entre los amigos, de tener tantas novias a la vez, de haber engañado a cuantas, de haber despreciado

a éstas, de haber hecho nacer ilusiones en aquéllas. Los días festivos procuran tener una bella para lucirla, como si fuera una piedra preciosa. Roban, cuando pueden, un beso, imploran una caricia, anhelan una sonrisa.

Las muchachas tampoco desperdician el tiempo. Cierto que no pueden dirigirse directamente al hombre que es de su agrado — pues las *respetables* costumbres así lo ordenan —, pero es el primer paso que les está permitido en el terreno de amor y no quieren desaprovecharlo; sin contar que también existen maneras de hacerse entender indirectamente. También ellas gozan cuando pueden causar envidia a sus amigas llevando a su vera un gallardo mozo.

Qué aliciente empuja el hombre hacia la mujer es ocioso decirlo. Lo lleva, lo atrae mejor dicho, esa flor de carne que es ella, el atán de oír la melodía de su voz, la vanidad de ser admirado por ella, el deseo de lograr un beso, la perspectiva de ser acariciado, la posibilidad, pocas veces realizada, de alcanzar la tan ambicionada flor de su sexo. Más que nada, la separación o el alejamiento que reina entre los individuos de diferente sexo es quien hace que se busquen con afán, porque advierten que en la más ligera re-

lación hay cierto placer desconocido. El hombre, como sabe que cuando esté decidido a llevar una mujer al matrimonio no ha de faltarle, pasa de un amor a otro — si tal nombre merecen — y corteja el mayor número posible de mujeres. Vanidoso en extremo, cifra mayor ilusión en hacer rendir a una coqueta y pretenciosa que en conquistar un corazón bondadoso. Hambriento de amor, o quizás algo concupiscente, apenas habla a una mujer ya es para insinuarle amores en ciernes o declararle arrebatadoras pasiones. La generalidad no odistingue, miente amores por sistema, no se preocupa si inspira aprecio o repulsión, su anhelo consiste en tener cerca una hembra agradable y decirle al oído unas frases, que ellas, a fuerza de oírlas, ya no creen. Es bastante ridículo el hombre que piropea, con más o menos gusto, a una mujer; y ésta le demuestra una expresión de repulsión o asco, sin que él desista por tal causa.

La fuerza que hace a la mujer acercarse al hombre viene a ser la misma, es decir, parecida. También ella gusta de la belleza masculina, también gusta de la presión de sus fuertes brazos, del placer de un beso, de una caricia, de ser admirada. También es la ausencia de más frecuentes y naturales relaciones que la incita a acercársele. La mujer también es vanidosa y ambiciona ser conquistada por los jóvenes más solicitados, pero procura no tener muchos novios — hay muchachas modernas que se exceptúan de esta regla — porque sabe que pierde su reputación. Respecto a despreciar a sus novios por entretenimiento se guarda bastante, particularmente cuando es *un buen partido*, porque sabe que no se presentan cada día. El hombre teme el matrimonio, y sólo sucumbe a él por amar con mayor libertad a la que considera su elegida; la mujer no lo teme, lo desea, por ser la única forma de fácil realización de vivir con relativa tranquilidad y tener un hombre para amarla y ayudarla. De ahí que, salvo algún ligero e insignificante capricho, vea en cualquiera de sus amoríos la probabilidad de llegar al ambicionado matrimonio.

Como estas relaciones o amoríos no ocupan más que breves momentos después de la jornada o unas horas el día festivo, no es difícil, durante ese tiempo,

representar un carácter alegre y bondadoso y ocultar todo aquello que puedan ser faltas personales. Quiero decir que como es poco el tiempo que el uno se halla ante el otro, procuran agradarse mutuamente, mostrando sus cualidades bellas y ocultando las malas. No hay muchacho que no sea un poco actor ante su novia, aunque no lleve intención de continuar mucho tiempo. Las muchachas tienen fama de saber fingir mejor; pero hay que reconocer que la poca comprensión del hombre y el extraño criterio que sobre su libertad de amar se tiene, las obliga. El caso es que tanto hombres como mujeres representan una continua farsa en sus relaciones. Contadísimos son los casos de leal franqueza entre hombre y mujer, y más contados aún los casos de inteligente comprensión. Hay otra clase de noviazgos, que son los que se hacen ceremoniosamente y con el correspondiente permiso de los padres; pero tampoco puede decirse que sean más sinceros.

Debido a que todo el aían de ambas partes está en agradarse mutuamente, no descuidan detalle que pueda favorecerlos; y uno de ellos es el vestir. El hombre que gusta mariposarse en torno de las bellas féminas, también gusta de vestir bien. Sabe que un traje de moda, una buena camisa, elegante corbata y unos brillantes zapatos son prendas que adornan su persona, y no las descuida; aunque — digámoslo en su honor —, sea debido a su mayor comprensión, sea debido al favor que le hacen las modas de variar muy despacio, el caso es que aprovecha sus vestidos y gasta pocos. De la mujer no puedo decir otro tanto. Generalmente gasta en vestir más que en ninguna otra cosa. Como por lo regular está sujeta a los medios de vida de sus padres o esposo, gasta según el pensamiento de éstos; pero eso no quiere decir que aunque posean una fortuna regular lleguen a contentarla, pues su deseo de lucir preciosos y costosos vestidos no tiene límites. Y es que un vestido lujoso favorece mucho la presencia de una mujer; y ellas, como no ignoran que los hombres son más seducidos por una apariencia de belleza física y por un caudal de belleza moral, hacen lo posible para adornarse con vestidos muy vistosos y cambiarlos con la

mayor frecuencia. El deseo de lucirse se arraiga en ellas y llega a esclavizarlas.

También es digna de atención la forma en que se inician dichas relaciones. Todo el mundo sabe que existe la costumbre de que sea el hombre quien invite o insinúe sus propósitos a la mujer que ha elegido para ser su novia; y la fuerza que dicha costumbre tiene aún. La libertad de que va adueñándose la mujer en nuestros tiempos hace que, en ocasiones, sea ella quien haga desaparecer los titubeos y ponga en claro la situación; pero estos casos son muy pocos y muy incomprensidos; por lo demás, en todo tiempo, a pesar de serle vedado a la mujer demostrar el estado de sus sentimientos, ha dado pie o ha insinuado, al hombre de su preferencia, los deseos de recibir una declaración de amor, de tal forma, que equivalía a la más franca explicación. No obstante, no deja de ser una situación engorrosa aquella de la mujer que contempla y habla a cada instante con el hombre que es toda su ilusión y no pueda declararle sinceramente el estado de su corazón, so pena de formarse sobre ella juicios que no le son nada agradables. Esta es una cadena que hay que romper, y no precisamente enseñando a las mujeres a expresarse con sinceridad, sino combatiendo la imbecilidad del hombre que tan poco aprecia a la mujer que se ofrece. La situación del hombre no es tan cómica, pero no quiero decir que sea más agradable; aunque él a nadie puede culpar, puesto que se la ha creado.

Buscando, casi siempre, la satisfacción de un deseo, y no la correspondencia de un sentimiento o una pasión, declaran sus amores con una frecuencia desconcertante. Repiten unas frases que las muchachas ya se saben de memoria, y, como es natural, no logran ser creídos. Así es que cuando lleva a efecto una *conquista* o pretende persuadir a una mujer de la veracidad de sus palabras tiene que aguzar el ingenio para convencerla un poco; y como ese mismo ingenio lo emplea para burlarse a satisfacción, resulta que después de muchas afirmaciones aun queda desconfianza por ambas partes. Es indudable que les inducen a unirse o relacionarse esas formas de atracción que componen el amor; pero como dichas atracciones varían o son de las más diversas formas sus relaciones también sufren

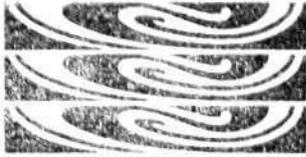
metamorfosis. Una de las impresiones que con más frecuencia obra en primer término es la que se recibe por la vista, es decir, la de la belleza; y aun diré que más que la belleza verdadera impresiona la superficial, la que se advierte sin esfuerzo; de aquí debe derivarse la costumbre de maquillarse las mujeres, porque así favorecen sus facciones para ser admiradas a distancia. Una vez atraída la atención y despertado el interés que hace acercarse al hombre, aunque éste quede defraudado de la impresión que le causara en el primer momento no quiere decir que se haya perdido todo, que pocos encantos ha de poseer una mujer que no sean los suficientes para retener a su lado al admirador. Lograda la primera intención que es dejar de ser indiferente, por más que ambos se imponen representar una comedia no son tan buenos actores para fingir por completo lo que no son, y de las ligeras impresiones que dejan traslucir de su verdadera manera de ser, depende se haga más firme su atracción o deje de serlo; cuanto más relación más horizontes nuevos se descubren recíprocamente y más simpatías o repulsiones median. No son pocas las ocasiones que una pareja, o uno solo de ellos desean ardientemente acercarse porque las referencias que se tienen les hacen presumir que van a ser dos amantes modelo, y al acercarse y descubrir su verdadero fondo haber de comprender que no pueden avenirse. Y también sucede muchas veces que se principia un idilio sin el menor interés y pasando el tiempo se suman nuevas simpatías o nuevos compromisos, y lo que nada representó llega a ser una unión formal; todo sin pretender que no haya casos que los amoríos revistan los caracteres del primer momento.

Quiero decir, en suma, que como durante estas relaciones no se hace vida común, se oculta mucho, varían, y revisten formas que distan mucho de ser las verdaderas.

VALENTÍN OBAC



Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.



Ha muerto Gabriel Miró, grande, purísimo escritor. Su obra, trabajada sin apresuramiento, tiene calidad y perfección como muy pocas más de hoy y de ayer.

Comenzó su tarea ofreciendo páginas imperecederas. Fué, con calma, ofreciendo libros aún más logrados, en los que brilla, con los primores de un estilo luminoso y refulgente, la belleza plena a que sólo unos cuantos escritores de todos los tiempos se han acercado.

Los libros de Gabriel Miró dan la acabada sensación de lo que en ellos el autor describe: paisajes, hombres, animales, viñedos, el mar, tierras llanas castigadas por el sol levantino, barranqueras, olivares, sembrados, casas, aldeas, ciudades, la montaña. Huelen las páginas a tomillo y a toda clase de hierbas de intenso perfume. Se saborean las frases como si fuesen frutas: unas todavía no en sazón, un tanto ácidas, otras maduras ya y ricas en zumo.

El más recoleto habitante de la Mancha, ve el mar en los libros de Miró. Y lo ve azul, luminoso, surcado por lanchas pescadoras, desplegadas sus velas latinas. Tal plasticidad hay en las maravillosas descripciones de Miró. Tal vida les infunde.

Se ha dicho que Miró puede ser considerado como uno de nuestros más grandes poetas. Sin duda alguna. Poemas y no otra cosa son todos sus libros. Poemas líricos en los que todo lo cotidiano ha sido elevado a categoría poética. La más alta cualidad del poeta es encontrar la belleza íntima y perenne de todas las cosas. No hay ningún objeto antipoético si quien lo exalta posee fuentes propias donde beber la belleza prístina que existe en todos ellos.

En manos del mal poeta, los motivos más ricos en cualidades poéticas se tornan áridos y desagradables. El poeta verdadero, en cambio, descubre la riqueza lírica de todo objeto que haya a su alrededor, por vulgar que este objeto sea. Buen ejemplo de esto último es Gabriel Miró. Los viñedos levantinos, el mar Mediterráneo, los tapiales que cercan las tierras del contorno de los casales cam-

pesinos, los caminos de andadura, las zarzas, las hierbas, los arbustos, han adquirido en sus libros nuevas significaciones. El ha visto su belleza duradera y la ha descrito con emoción, también duradera. De ahí la perenne poesía que emana de todas sus páginas. Poesía de hoy y para mañana. Hay en ella elementos de eternidad.

Las cosas más humildes, vistas por Miró, se han elevado a un rango de valía imponderable. ¡Con qué atribulado estremecimiento se ha adentrado en la intimidad de todo lo que veían sus ojos en el paisaje levantino, siempre lleno de sol!

Se advierte, leyéndole, el refulgir de las piedras, neridas por los rayos del astro encendido; la calidez y densidad del aire; el crujir de las hierbecillas quemadas; el chirriar monótono de los insectos castigados por la lumbre implacable.

Las criaturas que pueblan los libros de este artista limpio y puro, están por entero estudiadas como son, dentro del marco del paisaje que las rodea y en que viven y penan y sufren y gozan. El hombre de los campos levantinos, es, indudablemente, así, y no de ningún otro modo.

Poniendo toda su riqueza emocional en las páginas singulares que iba creando, poemas líricos de la más alta categoría, Gabriel Miró ha dejado al mundo unas cuantas obras maestras. Como una abeja, laboró su miel sin prisas, pero con pureza y limpidez que desafiará al transcurrir del tiempo.

Uno de los problemas más agudos, en las grandes ciudades, es el de la vivienda. Aparte de que el trabajador tiene que vivir en edificios inmundos, su calvario, cuando se ve obligado a cambiar de pocilga, es una cosa indigna.

Los propietarios, a fin de no tener que oír palabras desagradables, entregan las casas, para que se las administren, a unas compañías que se forman con ese objeto. Las cuales compañías, aunque muy bien instaladas, no pueden evitar

que al entrar en sus ámbitos se huela a cueva. Naturalmente, de bandidos. (Muy curioso: los corifeos de la burguesía suelen decir, entre líneas, que los únicos enemigos de la propiedad son los bandidos. ¿Humorismo? No. Son incapaces de semejante finura. En realidad, el bandido es la expresión más justa de la psicología del propietario. Ser enemigo de la propiedad es una cuestión de decencia, como no visitar los prostíbulos por ejemplo.)

Bueno. Allí, en la cueva, desvalijan al inquilino. Después, en una de las sucursales del Ayuntamiento, que las tiene como toda gran empresa de negocios, y sin duda solo para el negocio, pues no se advierte jamás cual otro pueda ser su objeto, un burócrata antipático, fundándose en la ordenanza A, en la disposición B y en el acuerdo C, somete al que ha de cambiar de vivienda, para darle indispensable permiso de hacerlo, a un nuevo desvalijamiento. Luego, por esta causa, por la otra, por la de más allá, ha de visitar nuevas cuevas donde el dinero, ganado con el esfuerzo, va pasando a manos que nunca han trabajado. Como además, por fuerza, se ha de pagar una cantidad exorbitante por el alquiler, en este desvalijamiento inicial se fundan los demás para ser crecidos. Incluso hay uno cuya existencia depende de él: el impuesto de inquilinato. La tragedia de verse obligado a pagar una suma excesiva por la vivienda, es la razón básica para que todos los demás excesos se justifiquen y hasta para originar uno nuevo.

Nuestra civilización, que ni siquiera ha sabido construir casas para todas las criaturas, es, en verdad, una cosa admirable. Los que lo ponen en duda, deben ser llevados a la cárcel.

El hombre que trabaja y piensa, al tropezar con estos inconvenientes, tan fáciles de solucionar, no se explica que haya todavía quienes, no siendo propietarios de casas, admitan la existencia de una organización tan torpe, incapaz de encontrar salida para problemas tan sencillos.

Al terrible calvario que suben la mayoría de los hombres, se ha venido a agregar este de la vivienda. Se dejan en él, con el dinero de que les desvalijan, un poco de salud. Pagan el alquiler a

costa de comer menos y porque se alimentarán frugalmente; se les echan encima, como una jauría, innumerables disposiciones con exigencias basadas en la tragedia de comer menos para tener una vivienda pequeña y antihigiénica.

El problema existe en todas las grandes ciudades del mundo—nadie que haya visto la vergüenza de las viviendas obreras en París lo pondrá en duda—. Se puede gritar, pues: ¡Viva la civilización burguesa! ¿Verdad, defensores de la propiedad?

En más de un periódico se ha llamado estos días gran escritor a Aivaró Alcalá Galiano, con motivo de la publicación de un libro que, en realidad, no tiene pies ni cabeza. Es como llamar filósofo a Maeztu, dramaturgo a Linares Rivas y crítico de éste a José Francés.

JULIO BARCO



ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año
(12 números)..... 6'50
Para los demás países: Un año (12 números) 8'00
*Incluido el número Almanaque de 1.º de año.
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.*

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.
Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjanse al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158.—VALENCIA (España).

Rara vez son agradecidos los consejos; y aquellos que más los necesitan, son quienes menos los agradecen.

CHESTERFIELD

Cuando se teme una desgracia, todo lo que no es aquella desgracia, parece un bien.

CHATEAUBRIAND



Mi obra — que soy yo — es de todos los momentos y de todos los lugares. Allá donde yo esté, allí se realiza. Aquí y en todas partes. Hoy, mañana y siempre. Actualizándose en el pasado y en el futuro; esto es: haciendo presente el pasado, en lo que tiene de provechoso y el futuro, en lo que tiene de sorpresa, de inesperado, de preevocación.

En ella están empeñadas mi voluntad y mi instinto.—No lo hace todo la voluntad, aunque la voluntad puede mucho. Tampoco lo hace todo el instinto. Donde el instinto no llegue llegará la voluntad; donde la voluntad flaquea, el instinto obrará, a ciegas, pero obrará.

Por tanto, si mi obra se quedase a mitad camino, no sería mitad camino: sería el fin (si yo no fuese agnóstico podría engañarme con la ilusión de la reencarnación).

Para ser *mitad camino*, yo tendría que proseguir, desplazado de mí mismo, dejando mi obra atrás.

Y yo no puedo desplazarme. Yo no puedo adelantarme y quedarme atrás a un mismo tiempo. Yo no puedo abandonarme a mitad camino, no puedo dejarme. A donde llegue, allí terminará mi obra, porque allí terminaré Yo.

Si bien el Hombre, emancipado de todo lastre que le impedía elevarse del suelo, por encima de todos los yugos, de todas las conveniencias y por encima de sí mismo, puede llegar a ser dios, en cambio aun no le es dado a su naturaleza terrena poder ubicarse como todos los dioses, estando aquí y allí a un mismo tiempo.

Por eso mi obra, que soy yo, terminará al reintegrarme a la tierra.

Esto llena de placidez mi espíritu y colma de serenidad mi pensamiento, exento, uno y otro, de los terrores de ultratumba y el miedo al más allá.

El *más allá*, para mí, es lo que siendo de este mundo, no está al alcance de mi mano para poderlo gozar libremente.

Los caballitos de cartón de la Filosofía.

“La duda o la protesta es simplemente una enfermedad”, nos dice Pedro Sala y

Vilaret, en su libro *La Clave del Misterio*. En el que asienta la afirmación de la idea de *lo absoluto* que, según propia confesión, hasta él, ningún otro filósofo, desde Aristóteles acá ha podido hallar. Y nos lo dice a propósito de la filosofía alemana — y muy particularmente de Nietzsche, por el que siente ciertas predilecciones combativas ante el soberbio nihilismo de su filosofía — que el autor de *Lo absoluto* denomina globalmente de *la negación*.

Parece ser... (Me limito al *parecer* por no hacer afirmaciones categóricas. También yo estoy enfermo de esa *vieja* enfermedad, tal vez la más secular de las enfermedades, cuyos bacilos patógenos han venido inoculándose de generación en generación desde el primer *hombre* que dudó de los *imperativos categóricos* —aunque entonces aun no había nacido su definidor—que sus coetáneos le endosaban como entidades absolutas y las que debía acatar sin protestas). Parece ser, repito, que lo que le lleva a declarar enfermedad a la duda o la protesta, es el hecho de que Nietzsche muriese *loco*, toda vez que Nietzsche tuvo la osadía de dudar y demoler los principios establecidos por las distintas filosofías legadas por sus antecesores, con objeto de averiguar lo que esos caballitos de cartón contenían en sus entrañas — que nadie se atrevía a destripar, quién sabe por qué temores o respetos supersticiosos, impropios, digámoslo de una vez, de los *eternos* buscadores de la *verdad* y de lo *absoluto*.

Pero, Sala y Vilaret, no se entretiene en averiguar las causas que determinaron la locura del genial filósofo (he ahí otro que vacila en destripar el caballito de cartón). En sí la lesión o trauma que lo condujo al manicomio, fué anterior o posterior a su soberbio edificio de ruinas de lo creado.

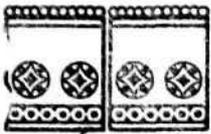
Mas, aun conviniendo que fuese así como él dice, que *la duda o la protesta* fuese una enfermedad, forzoso es también convenir, aceptadas las cosas como Vilaret las plantea, en que es la enfermedad, bienhechora enfermedad de la for-

taleza y el vigor moral, de la resistencia intelectual a creer a pie juntillas las verdades subjetivas que sólo son verdades a medias —o lo que es igual: *errores relativos* de los otros. Y en este caso, también la fe, que es creencia ciega e incondicional, y la sumisión, que es inaptitud para la protesta por lo que se cree injusto, ¿no es una enfermedad? ¿No será la enfermedad de la debilidad e incapacidad de los que necesitan creer en algo, no importa

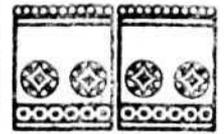
en qué, y se dan a los otros para que los guíen y conduzcan a través de la vida y de las sombras de su espíritu aterrorizado e infantilista que no sabe resolver por sí mismo?

Sin ir más lejos, obvia decir que la aseveración *vilaretiana*, "la duda o la protesta es simplemente una enfermedad" se refuta sola.

ADOLFO BALLANO BUENO



Importancia de la noción de la vida universal



¡Oh, maravilla! Lejos, muy lejos, como un punto brillante apenas visible, diviso, moviéndose lentamente, algo que, durante mucho tiempo, me pareció encerraba casi todas las cosas, casi todos los acontecimientos del universo: La Tierra.

Miracle, es un planeta que se vanagloria de tener millones de siglos de historia, que contiene inmensas extensiones de tierra y un océano todavía más desmesurado; en él vive una familia vegetal de más de cien mil especies, y una fauna aun más numerosa se agita, siente y piensa; hay también el hombre muy diverso en su forma orgánica, en su actividad, en sus sentimientos, en sus creencias.

¡Oh largos siglos de historia de la humanidad! ¡Oh poder de la China, de Egipto, de Asiria, de Persia, de Macedonia, de Roma, de España, de Rusia, de Inglaterra! ¿Quién, fuera de ese punto vacilante, sabe algo de vosotros? ¡Oh terrible furor de las olas en la tempestad; oh huracanes devastadores de los campos y de moradas florecientes; oh estremecimientos telúricos que arruináis ciudades risueñas y metrópolis soberbias; ¿quién, en esos inmensos espacios siderales, os escucha; quién se conmueve ante las ruinas ocasionadas por vuestra furia, en esos misteriosos arcanos? Brahma y Cristo, Júpiter y Jehová, Siva y Satán, con todo lo horrendo de sus terribles plagas, con sus mansiones de bienaventuranza eterna y sus abismos infernales, nadie, fuera de ese átomo que, fu-

gaz, surca el espacio, les tiene en cuenta ni nada sabe de ellos.

Nadie celebra tus gloriosos aniversarios, nadie exalta las cualidades de tus grandes poetas, ni incensa tus héroes del sentimiento o del deber.

Puedan un día tus hijos, corresponder y encontrarse con los lejanos hermanos siderales, tocar con sus manos los lugares donde débilmente llegan con la mirada y el pensamiento, ser espectadores de escenas más encantadoras que las del paraíso soñado, percibir poemas más elevados por la inspiración que los de Homero y del Dante; escuchar armonías más hechiceras que las de Verdi, Ballini y Wagner; oír relatos de historias maravillosas y de sucesos miles de veces superiores al nacimiento y liberación del poder romano, al triunfo del Cristianismo, al despertar fulminante y a la expansión bajo el estimulante de una fe poderosa y de la adormecida nación arábiga, al formidable movimiento renovador de la Revolución Francesa y a la epopeya napoleónica...

Pero desgraciadamente la enorme distancia que veo te separa de los otros mundos, y el frío intenso que reina en los espacios etéreos, me hacen comprender claramente que mi deseo es una vana aspiración, un sueño poético. Y volando por encima de centenares y miles de siglos futuros, creo verte con los ojos del pensamiento lo que, entonces, tú serás realmente: una inmensa mole de rocas, girando vertiginosamente, frío, oscuro y

silencioso en los desiertos de la extensión infinita.

No es de suponer que un individuo que meditara sobre la Vida Universal, que resucitara cuando la tierra se hubiera apagado, lamentara, entre las nuevas montañas gigantescas y espantosos precipicios el azul cielo del cielo inmenso, el mar sonriente, los deliciosos campos cubiertos de variadas y perfumadas flores, las innumerables máquinas humanas vivientes, el hombre resumen del universo, París cerebro del mundo, Roma la ciudad eterna, las obras inmortales de poetas y filósofos y los innumerables secretos en vano arrancados a la naturaleza por la inteligencia miles de sacrificios en vano realizados para el triunfo del bien... Todo el pasado de la tierra pasará por su espíritu como un sueño maravilloso, todo él será preso de estupor, hasta los objetos más elementales, las cosas que miraba en otro tiempo casi siempre con indiferencia: el género humano, el pueblo tosco, un oscuro pueblecito, un carro modesto en movimiento; un diminuto pajarillo revoloteando, una flor, un arbusto, un torrente; hasta sus propias penas, las adversidades de su existencia pasada se le volverán agradables a su espíritu y a su corazón... la misma imagen de sus enemigos se le presentará tan digna de quererse como la de sus amigos y de las otras personas queridas.

¡Oh, paisajes deliciosos! ¡Oh, criaturas! ¡Oh, idilios infinitos! ¡Oh, vanidades, luchas, glorias humanas! Heos aquí: ¡gigantesco montón de piedras!

Pero si con la tierra muere cuanto el espíritu ha particularmente querido, todo cuanto el espíritu ha amado conscientemente; en ese espíritu, conocedor de esa ineluctable desaparición, no puede morir la ternura de amar algo, que queda viva fuera de la Tierra. Así, pues, a la sensación del vacío, a la consternación profunda suscitada por el ser pensante, ante la clara visión de la Tierra apagada, sucede naturalmente una sensación de consuelo, un nuevo goce, un sentimiento de Vida Nueva, al pensar que la pulsación universal no se detendrá jamás.

La Tierra será algún día sólo un vasto cementerio, donde de Roma no quedará el menor recuerdo ni vestigio, y la fama de Homero, de Sócrates y de Aristóteles quedará sepultada en la oscuridad per-

petua, al igual que el nombre del más despreciable plebeyo; pero no por eso la Vida del universo se extinguirá; siempre habrán nuevos cielos resplandecientes, otros campos frondosos, nuevas armonías deliciosas, nuevas sonrisas de bellas criaturas; otros poetas cantarán los sublimes aspectos de la Naturaleza, otros pensadores valerosos lucharán por una idea grandiosa y santa...

Aquí la fantasía puede darse libre curso bajo formas diversas, probando divinizar las miles y miles nuevas manifestaciones del Cosmos en el futuro, hasta poder figurarse el "Todo" como una cosa sagrada y sobrehumana, en la que cada objeto, a pesar de la pobreza de su apariencia actual, cada guijarro desnudo, cada piedra helada celeste, contiene en virtud de su eterna participación en los movimientos del universo vivo, una historia gloriosa, un motivo de encanto, una epopeya.

La misma Tierra renacerá en múltiples e infinitas combinaciones y será el centro de sucesos innumerales mucho más maravillosos que los hasta aquí desarrollados. Y lo mismo que el hombre que vivió en el antiguo Egipto revive de mil distintos modos en la Humanidad actualmente viva, sin que las conciencias nuevas se preocupen de las conciencias antiguas, así la Tierra, en lejanos milenios, renacerá en formas variadas, y en diferentes puntos celestes y los organismos de esos nuevos tiempos la confundirán indistinta e indiferentemente con las formas innumerables posibles venidas del pasado universal.

En esa grandiosa lucha interior del ser inmortal, el espíritu siente la exuberancia y el júbilo de la Vida, como si el mismo universo poseyera también una conciencia y comprendiendo que muy poco ha adivinado lo que podrán ser en realidad los aspectos maravillosos de la naturaleza cósmica infinita, se habla a sí mismo y dice: "Tú has visto pocas cosas del pasado y continúas viendo poco del presente. Tú no puedes y no podrás descubrir, ni directamente ni con el pensamiento, que océanos insondables son los que embellecen y aumentan las gigantescas esferas de magnitud infinitamente superiores a nuestro vecino el sol, ni percibir los bramidos profundos y sobrehumanos que provocan sus tor-

bellinos en lucha con los huracanes más sublimes que los de las Cordilleras o del Himalaya.

Tú no ves ni verás globos cuya luz exceda a la del Sol; como la de este último sobrepuja a la de la luna, tú ignoras ciertos valles floridos, frente a los cuales los del Rashmire, del Iram y el Clásico Tempe harían figura de detestables estepas áridas, y en donde vuestras flores más buscadas y preferidas parecerían despreciables hierbujas; y deslumbrantes formas de seres vivos ante cuyo esplendor te sentirías humillado al pensar en las más fascinantes bellezas de tu especie y en las otras formas adoradas y presentadas como divinas por los poetas, por los artistas, por los amigos de la naturaleza terrestre.

Tú no puedes ni remotamente figurar

los horrores de determinados abismos, a cuyo lado palidecerían los fosos del Infierno dantesco, ni otros monstruos extravagantes, hijos reales de la naturaleza, que recuerdan con espanto o los Gerione, Anteos y Polifemios, espectáculos de terror que al contemplarlos se siente viva la majestad del infinito.

Tú ignoras a qué abismos y a qué vértigos puede alcanzar la fuerza del Genio en esas esferas azarosas, y tú ignoras miles y miles de otras maravillas que aunque te las narraran o describieran no podrías concebir. El "Todo" es un verdadero poema, vivo, eterno e inmenso.

Aquí terminan las consideraciones de naturaleza sentimental y poéticas: en el próximo trabajo comenzaremos con las de orden lógico y filosófico.

DR. ANTIOTTO ZUCCA

A propósito de Corydon

Reflexiones sobre la sexualidad

El libro de Andrés Gide, sobre el cual no me extenderé con exceso vista su falta de objetividad, tiene la particularidad de que ha intentado abordar el problema de la sexualidad por el lado naturalista, tratando de demostrar la fragilidad del instinto sexual, la ausencia de intenciones reproductoras de los seres y sus necesidades de satisfacción sexuales más o menos voluptuosas, ocasionando ulteriormente, sin ninguna intención finalista, la fecundación de la hembra. Partiendo de la comprobación que la hembra no es fecundable y que no tolera al macho sino en ciertas épocas, en tanto que éste se halla siempre apto para el acto sexual (lo cual no es muy exacto), el autor deduce de ello que es muy necesario que los machos se satisfagan entre sí. La pederastía es, por tanto, el acto natural por excelencia, según él. Por otra parte, siendo el acto sexual un tanto azaroso e incierto, ya que Andrés Gide sostiene que no existe el instinto sexual, sería preciso, para asegurar la perpetuación de las especies, que el número de machos se hallara en proporción tanto mayor cuanto que la precisión de ese instinto se halla tanto más

reducida. Dicho de otro modo, el número de machos crece en proporción de la incertidumbre del instinto sexual. Las especies en las cuales este instinto es preciso no tienen necesidad de un gran número de machos, toda vez que existe una fecundación segura. Aquellos en los cuales este instinto se halla poco pronunciado no pueden sobrevivir más que por medio de un número considerable de machos, logrando, bien que mal, fecundar a las hembras. De esto resulta entonces una selección de hembras seleccionando a los machos hermosos, mientras que éstos se contentan indiferentemente con cualquier hembra. Como ya entre los machos, la potencia vital, no se gasta en procreación, sino en producción superflua (belleza, inteligencia, etc.); esta selección acentúa también las diferencias entre los machos y las hembras. El autor nos dice también que en la especie humana la elección se efectúa por el hombre que, eligiendo a las mujeres más bellas, transmite a sus hijos y a sus hijas la belleza de la madre.

Andrés Gide termina mostrando los más bellos períodos intelectuales de la historia ligados a las manifestaciones

homosexuales y concluye manifestando las ventajas sociales de la pederastía, asegurando la paz en todos los matrimonios por el respeto de todas las mujeres, consideradas únicamente como reproductoras.

Entre las múltiples contradicciones del autor podemos recordar las siguientes: Dice, por ejemplo, en alguna parte, que el amor entre los animales no existe, que es una invención humana y que la pederastía pura puede terminar en la castidad, mientras que toda la primera parte de su libro se esfuerza en demostrar las necesidades sexuales de los machos. Es muy evidente que si los ejemplos de los animales no eran aplicables al hombre, sería inútil hacer de él tan larga citación. Lo mismo sucede con su afirmación concerniente a la elección de los machos por las hembras y a la indiferencia de los atractivos de éstas para aquéllos. Además de que esta afirmación es totalmente falsa para animales, tales como los caballos, los monos, los perros que tienen atracciones, repulsiones y preferencias, lo mismo que los humanos, es evidente que el ejemplo animal carecería de valor para la humanidad, ya que el autor separa su especie de las otras. Sería menester que explicara luego cómo se realiza la elección en el sexo opuesto en el hombre. Afirmando también que la mujer no es hermosa y que no debe su encanto aparente más que a su compostura (¿cómo puede entonces transmitir la belleza?), cita algunos ejemplos de hombres muy bellos que fueron tomados totalmente por mujeres. Lo cual es, por cierto, el mejor homenaje que pueda rendirse a la belleza femenina. ¿Cómo explicar también que la madre pueda transmitir su belleza a su hijo y que el padre no pueda transmitir su inteligencia a su hija!

Finalmente, esta pequeña elección arbitraria de algunos pequeños hechos (más bien despreciables), tomada en la inmensidad de los hechos relativos a la vida de los seres, es por demás tendenciosa. Para extraer una verdadera ley biológica o una evidencia social hace falta otra cosa más que afirmaciones basadas en raras observaciones. Para hacer depender un efecto de una causa es necesario que en todo tiempo y lugar, en todas las circunstancias los mismos an-

tecedentes, las mismas sucesiones o coexistencias de hechos se manifiesten en un orden tal que la ausencia o la presencia de una cosa indique, indubitablemente, la ausencia o la aparición de otra. Si comprobamos, al contrario, que esta cosa coexiste con una cantidad de otras cosas variables, mudables y en modo alguno necesarias a su aparición, deberemos buscar en otra parte otras causas explicativas. Tanto es así que sería preciso demostrar que no puede realizarse ninguna poderosa manifestación humana fuera de la pederastía y que la seguridad del instinto sexual se halla siempre ligada a la reducción de los machos. La primera afirmación exige que a través del tiempo y del espacio, en todos los tiempos y en todos los lugares, en todas las razas, en todas las civilizaciones; de los comienzos también de los tiempos prehistóricos a nuestros días, la inteligencia, la fuerza, el valor, la audacia, la invención, la observación, el genio hayan sido tributarios de la pederastía y no se hayan manifestado nunca fuera de su influencia. Tal afirmación va más allá, singularmente, de la obra superficial del autor.

Asimismo la precisión del instinto sexual debería siempre en todas las especies animales coincidir con la escasez de los machos. A A. Gide cree poder demostrarlo citando la manta religiosa, cuyo instinto sexual del macho es bastante preciso para permitir a la especie perpetuarse, a pesar de la escasez de los esposos devorados por las hembras. Como, según el testimonio del autor, ciertas hembras devoran hasta siete machos, menester es de modo inevitable que éstos sean mucho más numerosos que las hembras; lo cual destruye enteramente la tesis invocada. Esto mismo ocurre, por otra parte, entre las abejas, donde la notable precisión del instinto de los zánganos, persiguiendo a la reina para fecundarla, no impide que su número sea muy elevado con relación a esta única hembra.

Entre los mamíferos los combates violentos de machos entre sí alteran la proporción inicial de los machos y de las hembras; pero si se tiene en cuenta que la imitación juega un papel muy importante en estas especies superiores y que, sea por instinto sexual, sea por educa-

ción, las fecundaciones se efectúan con tanta seguridad como entre los insectos (ver los pululamientos de ratas, conejos, perros, jabalíes, etc.), el nacimiento de los machos equilibra sensiblemente el de las hembras. Así ocurre en la especie humana, donde la procreación no es, por cierto, azarosa en manera alguna. Por otra parte, con menos interpretación ultra-fianista de los hechos, sería difícil explicar de qué modo las células sexuales podrían dar origen, ya a machos, bien a hembras, únicamente porque la especie tiene más necesidad de los unos que de las otras. Los insectos que obtienen este resultado no lo logran más que modificando ulteriormente las condiciones de desarrollo de sus huevos. Se ha intentado también explicar la relación de los sexos para los mamíferos y para el hombre, haciendo entrar en juego la abundancia y la escasez de las relaciones sexuales, dejando que el óvulo madurezca más o menos antes de la fecundación; pero este empirismo nos lleva lejos de toda experiencia precisa y de demostración irrefutable. Lo más acertado es pensar que las especies actuales son el resultado de que los antepasados han presentado la particularidad, en sus repetidos cruzamientos, de equilibrar los sexos y que esta particularidad no ha sido nociva a su conservación. La mayor parte de los que invocan la selección olvidan que ésta explica muy bien la facultad o privilegio de los más aptos, pero en manera alguna la formación de las aptitudes susceptibles de favorecer a los que de ellas se hallan mejor dotados. Este es el punto débil de la teoría de Darwin, en tanto que Lamarck ha intentado explicar también el mecanismo de la adaptación. La selección suprime, pero no crea.

No queda, pues, gran cosa de esta tesis caprichosa en favor de la necesidad y de la superioridad de la pederastía sobre la hetero-sexualidad. El exceso de los espermatozoides no demuestra en modo alguno la parte lujosa de los machos; demuestra más simplemente, de igual manera que los 40.000 huevos inutilizables en la mujer, que la adaptación finaísta no existe, que la vida es un conjunto de movimientos más o menos bien coordinados, variando considerablemente y en equilibrio inestable

con el medio. Pero si Andrés Gide no ha sabido examinar el problema en toda su amplitud no es menos cierto que el determinista puede plantearse la cuestión y preguntarse de qué modo los seres, fuera de todo conocimiento de las consecuencias finales del acto sexual, fuera también quizá de todo conocimiento voluptuoso que pueda determinarlos, copulan entre sí fecundándose.

La cuestión parece tanto más enigmática cuanto que numerosas experiencias efectuadas en mamíferos por Steinach en Austria, y en pájaros por Pézard en Francia, y por Zavadovsky en Rusia, han demostrado que la transplatación de las glándulas sexuales hembras en machos castrados desarrollaba en éstos todos los caracteres fisiológicos de las hembras, y la psicología del macho así feminizado es, desde el punto de vista erótico, claramente hembra. De manera inversa, la transplatación de las glándulas sexuales del macho en hembras, después de la extirpación de los ovarios, desarrolla hasta el exceso los caracteres masculinos y la hembra masculinizada se conduce, con respecto a las demás hembras, como un verdadero macho. Las gallinas se convierten en gallo con cresta y plumaje y adquieren su agresividad sexual. Sabemos bien que la atrofia o la hipertrofia de ciertas glándulas acarrea consecuencias fisiológicas considerables. Que, por ejemplo, la atrofia de la glándula tiroides engendra la ininteligencia y la idiotez; que su hipertrofia determina perturbaciones nerviosas; que la glándula pituitaria hipertrofiada en su lóbulo anterior provoca durante el crecimiento de los pequeños seres crisis de gigantismo, mientras que su insuficiencia de secreción determina una especie de vanismo y de feminización. La presencia o la ausencia de ciertas glándulas sexuales podría, por lo tanto, explicar muy bien la aparición de las modificaciones exteriores; pero de ningún modo las alteraciones psíquicas; pues si en rigor las secreciones glandulares, activando las demás secreciones, pueden desarrollar grasa, pelos, plumas, huesos y también actividad nerviosa, no podría afirmarse que esas secreciones crean representaciones mentales motrices, psicologías varoniles o femeninas, en una palabra, que crean ideas. Es preciso, por

tanto, que esos determinantes psicológicos ya varoniles y ya femeninos, coexistan en el mismo animal y que sólo la actividad particular de las glándulas varoniles o femeninas, injertadas alternativamente, excite los determinantes psíquicos sexuales correspondientes aislando y obliterando a las demás. Esta explicación no se halla en manera alguna en desacuerdo con los datos suministrados por la patología mental, mostrándonos el yo total, formado por cantidades de yo fragmentarias, más o menos dissociadas en las alteraciones, las pérdidas de personalidad, las pérdidas de memoria parciales o progresivas, los desdoblamientos lúcidos y los desdoblamientos sonámbulos, etc. La parte consciente y conocida de nuestro cerebro nos parece infinitamente más reducida que su parte inconsciente e ignoramos muchas cosas de nuestra propia personalidad. La conciencia es un resultado sintético de sensaciones y de asociación de sensaciones en el tiempo presente y no en el espacio; es decir, que todas nuestras imágenes sensoriales almacenadas en nuestro cerebro y, por consecuencia en el espacio, no son conscientes simultáneamente—lo cual sería terriblemente complicado—, sino sucesivamente y, por consiguiente, en el tiempo y según las relaciones del mundo exterior con nuestra propia actividad. Podríamos, pues, poseer en nosotros imágenes motrices femeninas y masculinas, formadas por la educación, determinándonos a comportamientos femeninos o masculinos según la naturaleza de nuestras glándulas sexuales. Como la sexualidad del feto no se determina sino hacia el segundo mes, y como las apariencias de los demás órganos sexuales persisten igualmente, aunque más o menos atrofiadas, el desarrollo más o menos acusado de esos órganos explicaría todas las variaciones normales y anormales de las manifestaciones sexuales.

Solamente esto no nos informa sobre el origen de la atracción sexual. Si el hombre sabe actualmente que el acto sexual crea la fecundación y el alumbramiento, sus antepasados no sabían nada de esto probablemente y tampoco los demás animales. Tampoco puede decirse que el animal busque el deleite, pues sería preciso para esto que supiera, la pri-

mera vez, que este acto va a proporcionarle placer, lo cual es un conocimiento intuitivo inadmisiblemente y una explicación finalista por demás cómoda y simplista. Además, ciertas fecundaciones se efectúan en condiciones tan extrañas y complicadas y en tal manera crueles y automáticas que es necesario hallar otras causas que el placer o la imitación. En los animales inferiores y en las plantas no podría ser cuestión de voluntad y de representación psíquica de un acto tan complicado. La gran cantidad de los elementos sexuales asegura mecánicamente la reproducción. Esta, en el primer período de la vida, en los protozoarios formados de una sola célula, se efectúa por división celular fuera de toda sexualidad. Cada uno de estos nuevos seres puede, además, quedar unido a los otros y formar especies de colonias muy numerosas. No hay que perder de vista que la misma causa de esta división es la asimilación, que es el carácter esencial de la vida, por medio del cual cada célula conquista y transforma las sustancias asimilables representadas e ingeridas, en sustancia idéntica a la suya.

Este incremento de materia no puede, por causas aun mal conocidas, exceder de cierta dimensión, más allá de la cual existe desequilibrio y división, y así sucesivamente. Vemos que aquí no existe atracción sexual, sino en ciertos infusorios, la insuficiencia del medio debilita esta división, ocasiona una especie de senescencia seguida de muerte, que puede ser evitada por la conjugación de dos infusorios entre sí, mezclando por mitad sus elementos y fecundándose después normalmente, después de la regeneración. Esta conjugación es para aproximar la del espermatozoide y la del óvulo, los cuales se fusionan, no por cálculos finalistas, sino sin la influencia de los tropismos físico-químicos que orientan su actividad. Los elementos sexuales maduros, óvulos y espermatozoides, son elementos vitales incompletos (rechazados por el sér viviente), nacidos de una célula desdoblada dos veces y regenerándose por la conjugación sexual.

Otros infusorios, como los verticilos que viven en colonias, se dividen cierto número de veces, según su eje longitudinal; después, uno tras otro, se dividen aún en dos veces y cada una de las

cuatro partes va a fijarse en otro individuo, se fusiona por mitad y se absorbe luego en sí para no formar más que un sólo individuo que se desarrolla, se separa, sobrenada y va a fundar otra colonia. Ciertos hidraieros bien alimentados se reproducen por desarrollamiento y forman colonias, pero estos metazoos tienen asimismo elementos masculinos y femeninos, los cuales en caso de insuficiencia alimenticia se separan, se fusionan entre sí y se reproducen en otra parte. Finalmente, si ciertos hidroides tienen también las huevas y los espermatozoides en los mismos individuos que forman colonias, otros no tienen más que una sola sexualidad y se reproducen según las normas heterosexuales habituales.

Sería prolijo pasar revista a todas las modalidades reproductoras de los seres, pero partiendo de estos hechos primitivos y de algunas otras observaciones biológicas elementales puede deducirse fácilmente que el fenómeno primitivo y el más importante de la vida es la asimilación, que ésta engendra la división, la conjugación y el fusionamiento sexual actual que continúan siendo una de las formas de la asimilación o de regeneración asimiladora. La vida misma, que parece ser un movimiento conquistador bipolar, se efectúa fuera de la sexualidad propiamente dicha y ésta parece ser una pérdida de polaridad caracterizada precisamente por esta degeneración del óvulo o del espermatozoide, incapaz de asimilación y rechazados por el sér viviente. La fusión de estos dos elementos que tienen por azar favorecido su evolución, por la aportación de las variaciones de la fecundación cruzada, esta es, pues, prolongada hasta nuestros días, pero únicamente porque la expulsión de elementos sexuales (óvulos y espermatozoides) coincide precisamente con otras funciones vitales que necesitan una proximidad favorable a la vida de los poseedores de órganos sexuales diferentes. La evolución de los seres, la especialización de los órganos y sobre todo el desarrollo del sistema nervioso, creando asociaciones de representaciones sensoriales y motrices, se han hecho solidarias y dependientes de los actos aparentemente sin relaciones en tre sí. De tal suerte que la evacuación de los elementos se-

xuales parasitarios, simple funcionamiento fisiológico, se ha complicado lentamente con multitud de otros actos vitales, a los cuales se ha asociado y que la determinan a su vez. Vemos que no existe en todo esto señal ninguna de intención sexual finalista, sino que podemos explicar la aproximación de los sexos y su adaptación orgánica, como podemos explicar la lenta formación del ojo o de cualquier otro órgano adaptado a su uso. Es porque innumerables causas y necesidades vitales y asimiladoras han facilitado — involuntariamente — la fusión de los elementos sexuales, por lo que la mayor parte de las especies animales se han reproducido hasta nuestros días y si nos fuera posible seguir la evolución específica del sapo, veríamos miles de pequeñas necesidades objetivas ligadas a sus necesidades fisiológicas, de tal suerte que el enrollamiento del rosario de huevos alrededor del cuerpo de los machos hasta su nacimiento se explicaría mucho mejor por asociaciones de representaciones psíquicas, encadenándose unas a otras, hasta la realización última de este acto, que por cualquier otra explicación finalista basándose en lo que es preciso demostrar precisamente.

Podemos deducir que, lo mismo que un huevo no contiene un adulto, ni todos los órganos de un sér adulto, sino que por sus reacciones sucesivas obra según su fórmula química y construye millones de otras células, formando por sus reacciones entre sí y con el medio un sér completo, de igual modo la psicología de un sér adulto no existe formada en su totalidad en el huevo primitivo, sino que se forma por acumulación de numerosas y sucesivas impresiones y percepciones sensoriales ligadas al funcionamiento fisiológico total del sér creando una coordinación general de la actividad nerviosa que nosotros llamamos adaptación y que nos parece, sin reflexiones, maravillosamente organizada para alcanzar un fin.

Y esto porque ignoramos también en su mecanismo la doble construcción fisiológica y psicológica (llena, por otra parte, de incoherencias, de errores, de incertidumbres y de inadaptación) del sér viviente.

IXIGREC

(Traducción de E. MUNIZ.)

El calor del ideal

Todo hecho y cosa viviente de la existencia atraviesa su proceso de formación y de desarrollo previo a sus aplicaciones reales. Toda vida, ineluctiblemente, debe encontrar en el sendero de sus evoluciones propias, los pasajes del Bien y del Mal.

El peligro, los dolores, la depresión de espíritu, el aborrecimiento y otras formas diversas del sentido negativo y destructivo del vivir, acechan continuamente a los seres en nombre de la aniquitación y de la muerte.

Innumerables veces en la vida, un paso de más o de menos, dado al azar, sirve para precipitarnos en el fondo de un abismo o para levantarnos hasta el más victorioso y alto pináculo.

Pero siempre las negruras de la nada, el vacío ignorado de la muerte, ha sido y será una gran preocupación, especialmente para el hombre, aunque cada vez más sabio y conocedor.

Sin embargo, la ley de la vida se manifiesta en todo como una poderosa fuerza.

Vivir es para los hombres y todos los seres una voz conmovedora que pone en estremecimiento todas sus fibras, reanima los sentidos y enciende las más hondas pasiones.

Vivir es el despertar de las ansiedades, el dinamismo de las fuerzas, la lucha continua por la conquista de satisfacciones y el logro de realizaciones nuevas.

Vivir es el hallazgo de abundantes estímulos para el acercamiento y el contacto común de los seres, produciendo vínculos, aunando intereses, acumulando energías para llegar a engrandecer sus posibilidades de acción y perfeccionar las condiciones de existencia.

Como todos los seres, el hombre propiamente dicho, ama bestial e instintivamente la vida, pero además también sabe llegar a la idealización de ella como ninguna otra especie. Sus grupos, sus comunidades y sus asociaciones todas, han ya perdido el carácter de la espontaneidad y duración efímera como aún sucede entre los animales de las diferentes

razas, que sólo ante una necesidad momentánea se reúnen.

El hombre, al perfeccionarse y sentir cada vez más las inquietudes espirituales que lo elevan hasta el contacto con lo metafísico del mundo, ha sentido la necesidad de dar una instalación segura y normal dentro de lo que quepa, a sistemas de convivencia y dejar la situación de intranquilidad, abandono y luchas salvajes para dar lugar al erguimiento de la imponente civilización que hoy nosotros conocemos, después de siglos en un ritmo evolutivo y constantemente progresista.

La vida, es decir, el aspecto científico de la vida actual, no es sino el resultado de todo el trabajo que la humanidad ha realizado por perfeccionarse y salir de la bestialidad desde sus épocas más preteritas.

El aunamiento continuo de sus seres, la sociabilidad de vez en vez más acentuada entre los sentimientos propios, el idealismo que en todos los tiempos se ha encontrado encarnado en el espíritu de los hombres, aunque, como es comprensible, de diferentes matices, circunstancias y episodios de toda clase, inherentes a las situaciones que se atravesaban, todo ha contribuido a la formación y estabilidad del hecho presente.

Pero en medio de todo el perfeccionamiento y de todos los refinamientos filosóficos y sentimentales a que hemos llegado, hay a notar un extremo predominante en el ambiente social actual que por ser nocividad multiforme es digno de ponerlo en paralelo con el bestial primitivismo del que con tantos y tantos esfuerzos la humanidad ha querido desembarazarse.

Ello es la *degradación*, que si bien siempre ha existido entre los hombres, hoy ha llegado a un grado de desarrollo excesivo en relación directa con el perfeccionamiento existente.

Todo parece carecer de la debida potencia para poder llegar a reprimir y limitar hasta su última expresión la maldad de este azote que pasa con horror sobre el mundo de los humanos; todo

parece doblarse y someterse a esa lamentable deformación de los sentimientos humanos.

Falta de escrúpulos y de dignidad, sin reflexiones ni remordimientos, la gente tiraniza, explota, engaña, asesina o bien se vende para hacerlo mercenariamente.

Alrededor de una plataforma de convencionalismos y de verídicos errores, se establecen instituciones que con una arrogada trascendencia tienden sobre el ambiente sus maleficios y sus violencias.

Así la sociedad, que tras de milenios en que se han sucedido los esfuerzos inauditos y los sacrificios heroicos, ha llegado a implantarse, parece ser un ambiente infernal donde todas las incompatibilidades encuentran su macabra apología.

¿Acaso es que la civilización sólo puede conducir al hombre a una nueva forma de bestialidad, aun de crueldad más acerba que la en que vivieran nuestros ancestros prehistóricos?

¿Es que se tienen que considerar estériles los derramamientos de sangre que tantas veces enrojecieron los campos de batalla y todas las experiencias dolorosas por que en el decurso de su historia la humanidad conoció?

No; es una deducción errónea. Grave desacierto de los que así lo crean. Si el hombre se civiliza es para dignificarse y para gozar de un bienestar soñado. Exáminese lo que es un hombre de estudio o mejor un hombre idealista que lucha: todo abnegación, toda buena voluntad, toda fraternidad.

Pero es que la humanidad, digámoslo claramente, en su conjunto no está civilizada. Existen en su seno focos de gregarismo, centros de contraposición al progreso, cuya sola misión consiste en oscurecerle todas las salidas, en obstaculizarle todas las sendas de su perfección.

Hay instituciones de fuerza, de rancismo y de superstición, que insensibilizando y atrofiando las mejores facultades y disposiciones de los individuos, los hacen propicios a todas las vicisitudes y a las aberraciones más deplorables.

Dichas instituciones con su acción de oscurantismo y el cultivo de respetos necios, impiden que la mentalidad de las gentes evolucione, que las costumbres se

ennoblezcan y que los sentimientos se humanicen correspondiendo al perfeccionamiento general de las cosas interesantes para el hombre.

El culto de la *degradación* está sostenido por armas, leyes y fanatismos. La chusma lo aprueba, víctima de su estulticia, y lo desarrolla con los ojos vendados. La ignorancia en que está encallecida y abyecta no le permite comprender lo que es la verdadera dignidad ni tener conciencia sobre el sentido de responsabilidad que por cada hecho nos confiere directa o indirectamente.

Pero en todos los hombres no se puede matar, felizmente la aspiración hacia lo ideal, hacia el mayor perfeccionamiento posible, ya que lo absoluto no se nos escapa que es inasequible. Hay quienes por encima de todo se deben exclusivamente a la razón y en ella forjan su ideal, que le da calor y aliento siempre creciente cuanto más evidentes se producen las cosas, para combatir hasta llegar a derrocar todo lo que impide que la verdadera e íntegra civilización humana se haga general con su florecimiento de realizaciones placenteras y ennoblecedoras.

SAKUNTALA



Lector:

Envíenos su dirección y le remitiremos, gratis, el Catálogo General de la Biblioteca de ESTUDIOS para 1930.

Este número ha sido revisado por la censura

¿Cuándo empieza la educación?

La educación de los niños descansó hasta ahora sobre dos grandes errores: la supervaloración de las cualidades instintivas y la poca o nula importancia concedida a la educación del lactante. Contra estas falsas bases se puede objetar que en el hombre es tan rudimentario lo que llamamos instinto como en los demás animales lo que designamos por inteligencia y que ni le sirve para realizar espontáneamente los actos más individualistas. En el momento de nacer, es preciso sacudirle, advertirle que hay que respirar, y no es capaz, como todas las nodrizas saben, de buscar el origen de su alimento sin una experiencia previa. En cuanto al último de los citados errores, la observación cotidiana nos confirma cuán lejos están el carácter y casi todas las cualidades psíquicas de obtenerse por herencia directa, pues los más diferentes se observan, precisamente, entre los hijos de los mismos padres, y sólo, o en la mayor parte, atribuibles a la primera educación y a la condición diversa que su convivencia y contraste les confiere.

Los dos primeros hermanos de que nos habla la historia, son la encarnación de los más opuestos caracteres y conductas. Para quienes el testimonio bíblico no pasa de ser un símbolo es para quienes tienen un valor más decisivo. ¿En cuántas familias no hay un Caín, un José o un hijo tercero, que es el príncipe encantador de cuento que se casará con la bella princesa? Esaú y Jacob, los Borgia, los Bonaparte, los Sorel de la novela de Stendhal, el hijo pródigo, etc.

Hoy, el mejor conocimiento de la formación del carácter nos enseña cuánto. Cármenes elaboran, por ignorancia, los padres, y debemos hacer por que tan monstruoso estado de cosas cese. Si el hombre se rebeló contra el "Pater familias" romano, hoy alborea un nuevo derecho familiar, y los progenitores habrán de responder de otras culpas que el parricidio y la corrupción.

Desde el momento en que el hombre

nace, comienza su educación; tanto, que la adquirida durante el primer año puede influir, y generalmente influye, en su futura actuación, mucho más que todo lo que actúe sobre el resto de su vida. Su cerebro, tan virgen como ávido y capaz de conocer, está más dispuesto que nunca a adquirir conocimientos, y como quiera que sobre el espíritu y la forma de éstos ha de ir estableciendo el concepto de su personalidad y el de sus relaciones con el ambiente, está justificada su trascendencia. Si el ambiente le es hostil o grato, si ve muchas o pocas gentes, si vive al sol o a la sombra, si se le atiende o abandona, etc., habrá otros tantos motivos que determinen reacciones correspondientes, y la suma de estas reacciones repetidas condicionará las normas de su futura conducta. Si los reveses de la vida pueden producir cambios relativos del carácter ya formado del adulto, ¿cómo no pensar que las influencias ejercidas durante su formación tienen tan capital importancia?

Basta que el niño realice una serie de movimientos automáticos casuales para que produzca un gemido, que tiene tan poca trascendencia como la flexión de una pierna o un abrir y cerrar de ojos; pero su capacidad para adquirir experiencia es tal, que bastan unas cuantas satisfacciones vegetativas, después de otros tantos gemidos espontáneos, para que el niño conceda a éstos honores de lenguaje y "aprenda" a llorar. En las casas-cunas los niños no lloran, y en ellas hemos podido reconocer los mil errores que la tradición mantiene como fuego sagrado. Si los padres se mantienen sordos a lo que ellos, con muy poco buen sentido, consideran lamento intencionado y reglamentan desde el primer día la lactancia, el niño se criará mejor y no llorará jamás. Se dice: "El que no llora no mama", y lo peor es que no sólo se dice, sino que es verdad. Cada uno de los contactos e impresiones que el niño sufre, tiene valor experimental, y olvidar su trascendencia constituye una grave falta. "Hay cariños que matan"; pero

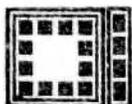
ninguno mata tanto como el materno, abandonado a la ignorancia.

La enorme importancia que en la doctrina de Freud se da a la influencia de la nodriza sobre las futuras tendencias sexuales, constituye la parte más genial y cierta de su sistemática teoría, y es una terrible acusación para muchísimas madres. Lo cierto es que el párvulo va ya a la escuela con su carácter, que acusa en forma bien nítida, sin que la intención de sus padres haya actuado en absoluto, y sí, en cambio, la conducta más caprichosa y reprochable de los progenitores, que desconocen la blandura del material en que a golpes de palo de ciego y de humor se va modelando, a la ventura, un hombre. Luego se pretende, con el más ruidoso fracaso, influir por

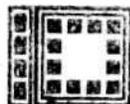
la palmeta o el lauro y hasta por la "reforma" bestial, en lo que ya es indeleble, en el hombrecito que ya habrá de ser fiel a algunas peculiaridades con que sus mismos padres arbitrariamente le motejan. Cualquiera es responsable de sus obras; cualquiera, menos el padre.

No es esta una irreverente acusación a los padres que fueron. Me dirijo a los que aun no lo son. Nadie tiene la culpa de los errores de todos, y sólo me limito a clamar contra la bárbara creencia que permite la "omnipotencia" del instinto materno y de la tutoridad paterna, por la que se creyó que nadie debía aprender ni preocuparse de la importante misión de ser padre y de ser madre.

MANUEL GABARAIN



Las mentiras de la diplomacia



La Conferencia del Desarme Mundial está en su fase agónica. Las cinco potencias mundiales: Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Japón e Italia han fracasado rotundamente en sus propósitos de llegar a un acuerdo sobre la limitación de tonelaje de barcos de guerra, submarinos, etc. Los celajes de una paz mundial permanente se esfuman ante la egolatría y la desconfianza de los cinco más poderosos países del globo, que a toda costa tienden a posponer sus propios intereses a los deseos de tranquilidad y reposo mundiales.

Del mismo modo que fracasó la Conferencia de Ginebra en 1927, está fracasando la de Londres en el año actual, porque los propósitos de las potencias en aquella época son los mismos de ahora, de exceder y superar cada una de las naciones poderosas a sus contrincantes en la posesión y construcción de armas ofensivas y defensivas.

Después que la cacareada Diplomacia anunció tan enfáticamente que se celebraría esa conferencia para garantizar la paz del Mundo, la Humanidad se vuelve pesimista al contemplar el nulo resultado de esos propósitos, ya que el fantasma de

la guerra no ha podido borrar su negra silueta del horizonte internacional.

Como siempre, sigue Inglaterra dominando como reina y señora de los mares, el Japón hilando en silencio la sutil madeja de su próxima revancha contra el poderío de Europa y Norteamérica, los Estados Unidos lanzando poderosos acorazados para extender su coloniaje en los pueblos indo-launos y Francia e Italia construyendo submarinos a gran prisa para contrarrestar el tonelaje de las potencias rivales.

Y en tanto, huelgan las ceremonias protocolarias, las protestas hipócritas de una fingida amistad y el aparato de un mentido pacifismo que no tardará en decorarse con los horrores del incendio y con los tintes de tragedia.

Las palabras del ministro Briand ante las Cámaras de su país diciendo: "No es posible exigir a Francia que se sacrifique en el altar de los otros...", son un trasunto del negro egoísmo que anima a los conferencistas en esta cruzada de la mentira y de la simulación, cruzada que se ha emprendido para desorientar al mundo de su verdadero derrotero y para hundirlo en las espesas brumas de la zozobra y de la incertidumbre.

Los conferencistas, genuinos representantes de los países más imperialistas de la Tierra, por indicaciones de sus respectivos gobiernos, están dispuestos a todo, menos a deponer su orgullo y sus instintos ególatras y criminales. Y menudean los brazos cordiales y las frases ambiguas y de una rebuscada fraternidad, al mismo tiempo que zarpan de los puertos los barcos piratas llevando lista la metralla para lanzarse al ataque tras de los mástiles empavesados.

Y siguen las ridículas ceremonias diplomáticas y las mascaradas internacionales asegurando que no se turbará la paz del Orbe, en tanto que surcan la superficie de los mares barcos blindados de alta potencia y zumban los submarinos debajo de las aguas acechando el momento de disparar sus torpedos sobre los lomos del cetáceo. Y los pueblos esclavos y encadenados siguen atados al yugo de la impotencia, esperando la voz suprema del amo para lanzarse al matadero, en lugar de volver las armas contra sus propios verdugos para lanzar con sus desnudos cráneos un monumento a la libertad.

Mentira, burda mentira que la paz del mundo sea efectiva mientras haya pueblos ultrajados y sumisos a la bota de la conquista; para que hubiera esa paz verdadera se necesitaría que la justicia no fuera una utopía fantasmagórica, sino un hecho real y convincente se necesitaría que hubiera bienestar, paz y trabajo en todos los ámbitos del planeta y que dejara de gravitar el espectro de la miseria sobre las desnudas espaldas de los miserandos de la Tierra...

Esa paz que tanto ambicionan los diplomáticos de las grandes potencias, sólo podrá consolidarse a base de equidad y de justicia. Que esos miles de millones que se invierten en presupuestos de guerra, se empleen mejor en abrir fábricas y centros de trabajo para proporcionar empleo a los millones de brazos desocupados; que se acabe el coloniaje y la explotación del hombre por el hombre y así habrá una tranquilidad y una paz duradera.

Todo lo demás que se pacte en conferencias privadas y públicas, todo lo demás que firmen las cancillerías y los representantes diplomáticos, no son más que buenos deseos y artificios de palabras, matizadas con una gaya literatura,

palabras que a la postre tendrán que desvanecerse como las luces de pirotecnia que sólo esclumbran nuestros ojos por un momento para después volverlos al caos y a la obscuridad.

Las grandes potencias, si quieren hacer algo efectivo en pro de la paz mundial, deben despojarse de sus egoísmos y prejuicios de nobleza y de superioridad, deben considerar que son pueblos libres y no rebaños de esclavos los que tienen bajo su dominio y deben derribar el pedestal de sus conveniencias para alzar sobre sus escombros un altar al derecho y un monumento a la justicia.

Así, lejos de la farsa, de la mentira y de las conveniencias de la egolatría, la paz que se finque será efectiva y la tranquilidad que se firme será efectiva y la tranquilidad que se consiga perdurable y verdadera.

VICENTE DE P. CANO



DREAM

Se desgrana un cristal fino
Sobre el sueño de una flor;
Trina el poeta divino...
¡Bien trinado, rui señor...!

Bottom oye ese cristal
Caer, y bajo la brisa
Se siente sentimental.
Titania toda es sonrisa.

Shakespeare va por la floresta;
Heine hace un *lied* de la tarde...
Hugo acompaña la fiesta
Chez Thérèse... Verlaine arde

En las llamas de las rosas,
Alocado y sensitivo,
Y dice a las ninfas cosas
Entre un querubín y un chivo.

Aubrey Beardsley se desliza
como un silfo zahareño;
Con carbón, nieve y ceniza
Da carne y alma al ensueño.

Nerval suspira a la luna,
Laforgue suspira de
Males de genio y fortuna...
Va en silencio Mallarmè.

RUBÉN DARÍO



En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.

EL ESTUPIDO SIGLO XIX, por León Daudet. — La primera impresión y la más destacada que deja en el ánimo del lector el contenido de este libro cuya versión española nos ofrece la Editorial Guerri es la de que en el mundo nadie piensa bien, ni es honrado, ni talentado, ni inteligente, excepción hecha, claro está, de León Daudet y media docena de corifeos y parientes suyos.

Según confesión propia del avisado líder de la *Actión Française*, al escribir el libro que comentamos, inspiróse en el laudable deseo de instruirnos. Para ello ha empezado por demoler — así lo cree él, al menos — todos los valores morales, filosóficos, científicos y artísticos del *estúpido siglo XIX*.

Nosotros no pretendemos ni deseamos meternos en muchas profundidades, ni componer una réplica documentada que nos obligaría a redactar un grueso volumen, no tan bien escrito como el de Mr. Daudet, que monopoliza todo el saber, todo el buen sentido y todo el arte del mundo, pero sí más sincero y más verídico y hasta con más sentido común. Para que nuestros lectores se formen una idea de lo que es *El estúpido siglo XIX*, de León Daudet, bastan unas simples notas.

En el opinar de Daudet sólo puede existir el liberalismo restaurando la monarquía absoluta. De los sentimientos terrenos del hombre, el de categoría más alta es el de patria. Halla despreciables a todas las multitudes, con una sola excepción en favor de las fanáticas y supersticiosas que hacen peregrinaciones a Lourdes a caza de milagros. La propiedad individual es inatacable y sagrada. El individuo de tipo reaccionario es lo mejorcito y lo único respetable que ha producido la especie humana. La religión — la católica, apostólica y romana que es la que él profesa, pues las demás no valen un comino mientras tan sesudo

varón no les expida una patente de valía—, nos enseña a no sufrir el mal bajo su triple aspecto de la ignorancia, la opresión y el desorden. En el orden social, el servicio más importante es el de la defensa nacional.

De majaderías por el estilo está plagado el libro, escrito, eso sí, en un sentido afirmativo y con un aire de suficiencia que irrita al principio y suscita después un impulso de irónica compasión hacia el autor.

No creáis que los argumentos que aduce en apoyo de sus aseveraciones de dómine soberbio y malhumorado, son muy firmes. Al contrario. Los mejores son de enésima categoría, como, por ejemplo: cuando trata de reducir a la nada el contenido expresivo del aforismo *la propiedad es un robo*, sólo se le ocurre decir que *la propiedad es sagrada porque es el hueco de la tumba de nuestros mayores*.

Para este señor que tan *lúcidamente discurre*, son unos majaderos Darwin, Haeckel, Wallace, Huxley, Lamarck, Hegel, Kant, Spencer, Shopenhauer, Charcot, Freud, V. Hugo, Zola, Flaubert y todos los hombres, en fin, que se han distinguido en la esfera del conocimiento y no han sido, como él, aboslutistas, reaccionarios y católicos a macha martillo.

Ante espíritu tan imitado, ante cerrazón mental tan absoluta, se nos ocurre pensar si no se habrá condensado en León Daudet toda la estupidez del estúpido siglo XIX.

EN LA LINEA RECTA, por Eusebio C. Carbó. — En este interesante libro de Carbó, editado por la Biblioteca Vértice, de Barcelona, se plantea y estudia una cuestión de la mayor importancia.

Sabido es que el movimiento naturista que cada día adquiere nuevos incrementos, adolece, en sentido general, de un error mayúsculo: el de tender a me-

jorar al individuo, sin cuidarse del factor social. Error que neutraliza los buenos resultados que pueden derivarse de la difusión y arraigo de esas excelentes doctrinas.

El individuo es la correspondencia con su medio. En un ambiente viciado es imposible lograr se abran lozanas y frescas las rosas de la salud, y mucho menos que polaricen en frutos sazonados y buenos. Se precisa sanear el medio para obtener un resultado óptimo en cualquier orden de cultivos.

El hombre, confusa amalgama de bien y de mal, de verdad y de error, no puede, por más voluntad que derroche en el esfuerzo, soslayar las influencias ambientales que van moldeándole y le hacen su hechura. Es posible que tipos excepcionalmente dotados logren substraerse en cierto sentido a la presión del medio, pero la inmensa mayoría sucumbe a esa presión.

Para que el naturismo se desenvuelva y deje sentir su benéfico influjo de una manera apreciable, se precisa que las condiciones del medio se modifiquen en un sentido favorable. Todas nuestras miserias morales y físicas, tienen su origen en la defectuosa organización social que padecemos y todo lo que no tienda a transformarla radicalmente, será tiempo perdido.

Esto viene a decir, en síntesis, Carbó, en el libro que comentamos.

Su estilo, como siempre, claro, armónico, vigoroso y lleno de fuego. La documentación, selecta. El contenido, sincero y valiente.

Creemos que esta obra de Carbó debe ser estudiada atentamente por naturistas y no naturistas. Lo merece.

Pídase esta obra a ESTUDIOS. Precio, 2'50 pesetas.

LAS MEDITACIONES DE UN LOCO, por Mario Mariani. — Mariani es uno de los escritores de vanguardia más leídos y más apasionadamente discutidos de la Italia de post-guerra. Lo merece. Su prosa suelta y fácil, a veces desordenada, siempre vigorosa, atractiva e interesante. Y muy rica en matices.

Conviene aclarar que los escritores de vanguardia de Europa y América, no se parecen en nada a nuestros desdichados vanguardistas. Aquéllos buscan una for-

ma nueva de expresión, pero cuidándose de henchir su prosa irreverente y chispeante de ideas, de crítica mordaz, de sugerencias y atisbos. Estos, los de por acá, no son otra cosa que estetas dislocantes y dislocados, cuyas producciones sin contenido y sin medula, tienden a parecer brillantes sin lograr ser sino ridículas, febles soberanamente inanes. Son reaccionarios que hasta para eso les falta preparación, arranque, vigor y nervios.

No conocemos toda la obra de Mariani, mas a juzgar por estas *Meditaciones* que nos ofrece la Editorial Guerri, le suponemos una valía indudable del mejor género.

En *Las meditaciones de un loco*, burla burlando, se demuelen implacablemente y por modo certero, todas las mentiras que en filosofía, arte y ciencia, sirvieron de pasto espiritual a las generaciones de *avant guerre*. Nada queda en pie. La familia, la propiedad, la religión, la política, el concepto de patria, toda la falsa civilización que nos arrastró al desastre pasa por el tamiz de una crítica despiadada, pulverizándose, quedando reducida a lo que es, un valor negativo, en franca bancarrota, que urge substituir por algo de verdadera enjundia, de positivo valor humano.

Nos ha gustado este libro de Mariani. Irreverente, iconoclasta, altivo, risueño y doloroso, pleno de ardor humano y de juveniles bríos. Acaso algunos de sus puntos de vista, detenidamente analizados, no concuerden con los nuestros, pero en todo momento nos gana la franqueza ruda, la sinceridad, el donaire y el desenfado con que dice las cosas.

LOS GRANDES PROBLEMAS DEL ALMA HUMANA, por el abate Viollet y Han Ryner. — Ha sido un acierto más de la Editorial Somo, de Barcelona, traducir y dar a la estampa este interesante librito, resultado de una controversia pública que bajo el tema "¿Existe Dios?" celebróse en la *Société Savants*, de París, entre el abate Viollet, eminente orador católico, y Han Ryner, profundo filósofo proclamado en Francia príncipe de los novelistas.

La importancia del tema y la talla intelectual de ambos oradores son suficiente garantía del interés de esta obra que

hemos leído con deleite y provecho y cuya lectura recomendamos. H. N.

Hemos recibido de la Editorial Naturista "Pentalfa" un pequeño librito, del que es autor el conocido propagandista y escritor el profesor N. Capo, de Barcelona, titulado *El Naturismo en el bolsillo* (orientación individual), condensando en pocas palabras todo el naturismo trofológico.

Desde la teoría del ayuno, la vitalidad, la respiración, los baños de sol, etc., hasta la refutación y nivelación de las teorías sobre *electrismo y magnetismo* de los alimentos, que el doctor Hanish hace sesenta años trajo a Europa.

EL IDEAL DEL MAGISTERIO. — El número extraordinario que este periódico dedica, como homenaje a los maestros nacionales don Constancio Martínez Page, don Angel A. Castilforte del Rincón y don Zoilo Ladislao Santos Arcediano, miembros de la Comisión Ejecutiva de la Confederación Nacional de Maestros, es muy notable.

Está admirablemente presentado en forma de revista ilustrada. Contiene la biografía de los homenajeados, importantes artículos pedagógicos, dibujos y fotograbados, etc., etc.

Es digno en un todo del fin a que se dedica, constituye un verdadero acierto editorial y no cabe duda que ha de tener una gran acogida entre los profesionales de la Enseñanza y el público en general.

Por deseo expreso de los señores Martínez Page, Castilforte del Rincón y Santos Arcediano, sin cuya condición no hubieran aceptado el homenaje, el producto de la venta de este número extraordinario irá a engrosar los fondos de la protección a los huérfanos del Magisterio.

Felicitemos al colega por su nuevo triunfo.

EL SEMBRADOR; Delicias, 17, Igualada (Barcelona). — Periódico quincenal de ideas, sociología y arte. El primer número, que hemos recibido, le caracteriza por una bien orientada labor de reorganización sindical, que merece el más entusiasta apoyo.

EL PRODUCTOR; Llástichs, 10, bajo, Barcelona. — De entre las muchas pu-

blicaciones nuevas que venimos recibiendo casi diariamente, ninguna nos ha causado la grata impresión que este semanario. *El Productor* tiene ya un historial ideológico relevante, pues su anterior época durante la Dictadura patentizó ya el espíritu combativo, pero ecuanime y sereno, y sobre todo con un idealismo prístinamente definido que acopló en su rededor la mayoría de las voluntades libertarias conscientes. Fué sin duda la única luz diáfana que en estos últimos seis turbios años se vió, y contribuyó no poco a mantener la pureza de los principios. Su reaparición viene ahora avalada además por una moderna orientación en los temas *Universalismo, Sindicalismo y Cooperativismo*, bases esenciales para la formación de la futura sociedad igualitaria, que sin duda serán de interés excepcional para la clase obrera, dado el sano criterio que informa a sus redactores.

Nuestra sincera bienvenida, y deseamos que tan loable esfuerzo sea coronado por muchos años de vida.



SUEÑO

Ruge el aquilón, bramante, fiero,
en la estepa de mi alma soñadora;
donde el rayo, cual naciente flora,
resbala por las nubes de mi fuero.

Todo en él es luz. Luz que venero,
por ser fuego de tea salvadora;
ella alumbró al naufrago que llora,
y quema el pabellón del usurero.

Sueño fecundo, que brindas el amor,
y rompes del corcel la tosca brida,
que es causa del vil yugo y del dolor.

Eres la tempestad, que decidida,
hace brillar del hombre su esplendor
sembrando nuevos gérmenes de vida.

J. CASTELLS CANDIRI

LEA USTED LA REVISTA

"PRO VIDA"

Publicación mensual de Arte, Literatura
Ciencia, Naturismo y Cultura general

Director: AQUILINO LÓPEZ

Pida un ejemplar de muestra a su Administración: J. C. Zenea, 57.—HABANA (Cuba).

CUADERNOS DE CULTURA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Estos CUADERNOS se dirigen principalmente al autodidacto: al hombre que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo; al hombre que no dispone de tiempo ni medios adecuados para el cultivo metódico de su inteligencia y para el cual la vida es un panorama lleno de interrogantes; al hombre que desee penetrar en el conocimiento del mundo y del pensamiento humano y quiera formar su educación basándose exclusivamente en la lectura.

Estos CUADERNOS ponen ante el lector, en libritos económicos de limpio y fácil estilo, todas las disciplinas del saber humano, orientadas en un sentido claro, científico, imparcial.

Se publica un CUADERNO cada quince días, esmeradamente impreso en papel pluma, de 72 o más páginas, al precio de 60 céntimos cada uno. A los corresponsales y librerías, a 45 céntimos desde cinco ejemplares en adelante.

Van publicados los siguientes títulos:

Socialismo, por Marín Civera.

Introducción al estudio de la Filosofía, por F. Valera.

El Universo, por el Dr. Roberto Remartínez.

Liberalismo, por F. Valera.

La formación de la Economía Política, por Marín Civera.

Sistemas de gobierno, por Mariano Gómez.

Higiene individual o privada, por el Dr. Isaac Puente.

Escritores y pueblo, por Francisco Pina.

Seguirán originales de Angel Pestaña, Gonzalo de Reparaz, Alvarez del Vayo, Adolfo Salazar, Roberto Castrovido, Genaro Artiles, Antonio Espina, Luis Bello, etc.



Como el Caballo de Atila

Por H. Noja Ruíz

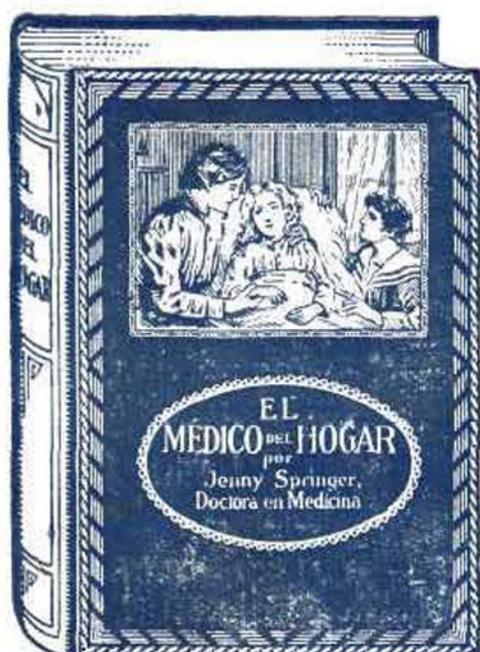
Pocas veces podrá tildarse de excepcional una obra con mayor motivo que a esta novela, última producción del conocido y admirado escritor Higinio Noja Ruíz.

Porque lo meritorio y lo que verdaderamente hace excepcional a un libro no es sólo su trama novelesca, lo emocionante y episódico de su narración, sino la trascendencia de las ideas a cuyo fuego se forja su producción, el concepto elevado que sugiere su lectura, finalidad artística a que aspiró el autor para dar forma vital a una nueva concepción más humana y más digna, a una moral superior a que forzosamente han de encaminarse las relaciones de humana convivencia.

El mundo contemporáneo, casi sin excepción, repudia por bárbara e inútil la odiosa pena de muerte, baldón ignominioso de nuestro siglo (ineficaz e innoble recurso vengativo, que no justiciero, de la sociedad contra el malhechor, muchas veces triste guiñapo del vicio que la misma sociedad fomenta, dañino e inconsciente instrumento del ambiente ineducado), y que a pesar de todo mantiene en vigencia el Código.

Crear un estado de conciencia colectiva adverso a la aplicación de la repugnante condena, impulsar ese estado de opinión hasta borrar del articulado que sanciona las faltas de los hombres ese oprobioso artefacto llamado patíbulo, es labor trascendental y digna. A ello tiende la novela de Higinio Noja Ruíz, abordando un problema original y de honda penetración psicológica, con estilo claro, preciso, ameno, que le consagra como uno de los mejores escritores de vanguardia.

Un volumen de 324 páginas, magníficamente impreso en papel pluma, con portada a tricromía. Precio, 5 pesetas.



EL MÉDICO DEL HOGAR

Por la Dra. Jenny Springer

Obra verdaderamente sensacional, importantísima, indispensable en todos los hogares. Es un libro de consulta y de estudio; el consejero acertado, exacto y desinteresado, el amigo verdadero de la salud. Poseer esta hermosa obra en casa es asegurar su salud, su felicidad, y la de los suyos; es poseer un tesoro científico que le defiende de los posibles errores del profesionalismo médico. Forma un precioso tomo de 942 páginas, con 936 grabados, 56 láminas en colores y 3 suplementos: Enfermedades sexuales (con 3 láminas). Desarrollo del hombre (con 8 láminas), y dos modelos anatómicos desmontables del hombre y de la mujer.—Lujosamente encuadernado.—Precio 40 pesetas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 15 por 100 de descuento.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia
de Medicina de Barcelona
Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón. Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 3 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídate "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 83. — Julio 1930

Córtese el adjunto cupón e incláyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.